

EL PORVENIR DE LA FILOSOFIA PERENNE Y TOMISTA

Séanos permitido, al comienzo de este nuevo año de ESTUDIOS FILOSOFICOS coincidente con la elevación de su Centro principal de redacción, el hasta hora Estudio General de Filosofía de Las Caldas de Besaya, Santander, a Instituto Superior de Filosofía, o equivalente Facultad agregada a la Universidad de Sto. Tomás Angelicum, de Roma, abrir nuestras páginas con una meditación o reflexiones sobre *el sentido y valor*, que, en la hora actual, puede tener la enseñanza superior de filosofía católica y el porvenir que pueda augurársele en un futuro próximo, teniendo en cuenta los "signos de los tiempos", o las tendencias ideológicas que se manifiestan en la hora presente.

I.—VALOR PERENNE DE LA FILOSOFIA TOMISTA

En un Centro superior eclesiástico, y más dominicano, esta filosofía de la Iglesia es por antonomasia el Tomismo, el sistema filosófico aristotélico-tomista.

Así lo señalan los Estatutos del mismo, apelando a la prescripción taxativa de la Constitución Apostólica *Deus Scientiarum Dominus*, que impone a las Universidades católicas la enseñanza de la filosofía "según los principios, método y doctrina de Sto. Tomás" (1), como el Derecho canónico lo había prescrito para los Seminarios, can. 1366.

(1) Const. Apost. *Deus Scientiarum Dominus*: AAS 23 (1931) p. 253; *Ordinationes S. Congregat. de Studiis et Universit.*, art. 29, *ibid.* p. 268.

Sabemos, en efecto, que el tomismo es *equivalente* a filosofía católica oficial de la Iglesia, al menos en sus principios y sistema más puro de verdades. Que el Magisterio eclesiástico por medio de los Sumos Pontífices ha hecho suya la doctrina de Sto. Tomás, a quien llama, con unánime acento y sorprendente continuidad, *el Doctor Común* y Doctor universal, porque en su legado doctrinal se remansan, como en un mar inmenso, toda la sabiduría de los siglos pasados, todas las adquisiciones de la verdad filosófica de la antigüedad, y los principios de su sistema son aptos "para recoger los frutos legítimos de un sano progreso posterior".

Por eso mismo este Doctorado común y universal del Angélico no excluye los demás doctores y escuelas de la tradición cristiana ni del mundo entero, sino que los integra y reúne en su síntesis cuanto tienen de sólido y verdadero. Se trata de una síntesis abierta a toda legítima conquista del pensamiento, a toda adquisición de la verdad. El sistema de la filosofía de Sto. Tomás adoptado en la Iglesia es así eminente, integrador, armónico con los otros doctores y escuelas católicas, como asimiló lo mejor del pensamiento antiguo, sobre todo aristotélico, platónico y estoico. Y los Sumos Pontífices al hacer suya la doctrina de Sto. Tomás no tratan tanto de la estimación del Santo a costa de los demás, sino que rinden tributo a la verdad humana en general, por singular designio de Dios personificada en la figura del Doctor común, buscando la defensa y base inteligible de la verdad revelada: *In S. Thoma honorando maius quiddam quam Thomae existimatio vertitur, id est, Ecclesiae docentis auctoritas*, como Pío XI decía (2). "En el honrar a Sto. Tomás se trata de algo más que de la estimación del santo, es decir, se trata de la autoridad de la Iglesia docente".

Por eso no es de extrañar que los ataques de los sembradores de doctrinas heréticas e inventores de erróneos sistemas filosóficos, desde las invectivas de Lutero y antes del nominalismo, se han dirigido en primer lugar contra Sto. Tomás, lo que equivalía a dirigirlas contra la recta filosofía católica y, en definitiva, contra el Magisterio eclesiástico que adoptó oficialmente su doctrina. Y las páginas de la Encíclica *Humani generis* de Pío XII, que esbozan de nuevo la defensa y justificación de esta filosofía oficial católica contra las impugnaciones de todas las desviadas ideologías actuales condensadas

(2) Pío XI, *Enc. Studiorum Ducem*: AAS 15 (1923) p. 324.

en "la nueva teología", trazan el elogio más cumplido de la doctrina de Sto. Tomás, al identificarlo con la filosofía de la Iglesia en toda su generalidad y bajo todos sus aspectos y denominaciones.

Frente a tantas desviaciones dogmáticas y teológicas derivadas de dichas filosofías y en la Encíclica enumeradas, la Iglesia establece una vez más el valor indestructible de la humana razón para conocer la verdad, llegar a demostrar la existencia de Dios y percibir con certeza la ley moral, comprobar los fundamentos de la fe y signos ciertos de la revelación, alcanzar por fin la inteligencia y explicación coherente de los misterios de la fe. A esta inteligencia humana *exculta*, o actuación elevada y reflexiva de la misma desde sus principios y evidencias naturales mediante las leyes inmutables del pensamiento, con todo el patrimonio de verdades que en la sucesión de los siglos sobre todo cristianos atesoró, bajo el respaldo y guía superior de la Revelación, llama Pío XII en dicha Encíclica, "la filosofía reconocida y recibida en la Iglesia" (*philosophia in Ecclesia agnita et recepta*) y por lo mismo la *philosophia nostris tradita scholis* o "filosofía Escolástica", y "filosofía tradicional", por el legado secular de tradición cristiana y pagana, que ha recibido; "filosofía cristiana" por ser la base propedéutica de la Teología católica y la empleada por los doctores católicos en la construcción de la teología; la *filosofía sana* o formada con los rectos elementos de la especulación que supone las sanas disposiciones de la efectividad para no empañar la mirada límpida de la inteligencia a la verdad; por fin, la *filosofía perenne*, porque contiene el conocimiento de las esencias inmutables, basado en los principios transcendentales de la razón y de valor permanente en todos los siglos.

Pues bien, dentro de este contexto y sin matiz alguno diferencial, la Encíclica dice que "esta filosofía", así caracterizada, *es la filosofía de Sto. Tomás*, en la que la Iglesia prescribe sean instruidos sus hijos (3).

No cabe mayor culminación del magisterio de Sto. Tomás. El Tomismo, o sea filosofía que la Iglesia manda enseñar "según los principios, método y doctrina" (4) del Aquinate en las diferentes

(3) Pío XII, Enc. *Humani Generis*: AAS 42 (1950) p. 571-574; cf. p. 566. Otros textos pontificios han formulado también la filosofía escolástica por la filosofía de Sto. Tomás, como Pío XI, Epist. *Officiorum omnium*: AAS 14 (1922) p. 454; Pío XII, *Aloc. al III Congreso Intern. Tom.*: AAS 42 (1950), recomendando la reciente encíclica *Humani Generis*.

(4) Enc. *Humani Generis*: AAS 42 (1950) p. 573, citando el mandato del Derecho Canónico, can. 1366.

ramas del saber filosófico, es identificado con la filosofía perenne, cristiana y tradicional de la Iglesia, y como personificada en su doctor propio y representante máximo. Y en seguida se da la razón última de ello: "Pues la doctrina del mismo (Sto. Tomás) está en maravillosa armonía y conformidad con la doctrina de la revelación y es efficacísima para asegurar los fundamentos de la fe y recoger con provecho y seguridad los frutos de un sano progreso". Y la Iglesia, a quien compete también la función de vigilar sobre todo el campo de la filosofía, para que de sus teorías no derive algún perjuicio a sus dogmas, la propone de nuevo con validez para todos los pueblos y todas las culturas, de Oriente y Occidente (5).

Todo esto y mucho más acerca del valor de la doctrina de Santo Tomás, de su aprobación y reconocimiento insistente por la Iglesia a través de más de cien documentos pontificios, nos es bien conocido y ha sido debidamente propuesto y valorado por grandes autores tomistas (6) y generalmente aceptado hasta ahora por los filósofos católicos.

Pero surge en seguida la grave duda de si tal apreciación no ha cambiado junto con la situación de los espíritus, dando un giro copernicano, como se dice, en esta época del Concilio, del proceso dialéctico de revisión de todos los dogmas e instituciones de la Iglesia. En nuestro tiempo, en que todas las cosas parecen puestas en cuestión, en que contemplamos la irrupción de siempre nuevas ideologías y tendencias doctrinales en el mundo intelectual católico, son inevitables los interrogantes que el mismo Pablo VI se plantea en el Discurso del VII Congreso Tomístico: "¿Puede tener la doctrina de un pensador de la Edad Media otro interés que el histórico y pretender

(5) Ibid. p. 573; cf. p. 575. El texto es tomado de la *Alocución al Capítulo Gen. de la Ord. de Pred.*, 22-9-1946: AAS 38 (1946) n. 387.

(6) Véase sobre todo, J. BERTHIER, *S. Thomas Aquinas Doctor Ecclesiae* (Roma 1914). Vol. I: *Testimonia Ecclesiae*; G. MATTIUSI, *Le XXIV tesi della filosofia di S. Tommaso d'Aquino approvate dalla S. Congregazione degli Studi* (Roma 1917); M. CORDOVANI, *L'Attualità di S. Tommaso d'Aquino* (Milano 1924); J. MARITAIN, *Le Docteur Angélique* (Paris 1930); S. RAMIREZ, *Introducción General a la Suma Teológica de Sto. Tomás* BAC, *Suma Teol. bilingüe*, t. I (Madrid 1947) p. 1-234 con bibliografía completa; ID., *De auctoritate doctrinali S. Thomae Aquinatis* (Salmanticae 1952); C. FABRO, *Attualità perenne del Tomismo: Euntes docete* (1951) p. 157 ss.; A. G. FUENTE, *Filosofía actual y filosofía de Sto. Tomás a la luz de la Humani Generis*: Estudios Filosóficos 1-2 (1951) p. 27-43; M. VANSTEENKISTE, J. D. DE FINANCE, en "Aquinas" III (1960) p. 23-5, 136-140, 309, etc.; DINO STAFFA, *Vitalidad del Tomismo*, Conferencias en Roma, 10 y 14 de marzo 1963 (Roma-Salamanca 1963), etc.

un valor universal? ¿Cómo el Magisterio Eclesiástico ha podido comprometer su autoridad en la aprobación dada a esta doctrina? ¿No hay peligro, en fin, de ponerse con ello trabas a la libertad y progreso de la investigación intelectual?"

Y es bien notorio que, en la hora actual, son muchos los católicos que dan respuesta positiva a estas preguntas. Creen que un doctor medieval, siquiera sea tan excelso como Sto. Tomás, está al presente definitivamente superado, que su doctrina no puede ya proponerse como guía del pensamiento moderno, sin hipotecar la libertad de investigación, la propia dignidad y valores de la ciencia moderna. La filosofía del Aquinate era antes propuesta como apta para construir sobre ella la teología escolástica, la cual asimismo ha sido sobrepasada y abandonada. Porque también la Iglesia ha cambiado su doctrina o está en trance de cambiar, en proceso de revisión de sus dogmas, su moral, sus instituciones, se dice con frecuencia, sin distinguir lo accidental y caduco de lo constitutivo e imperecedero en ella.

Sto. Tomás, decididamente, no agrada hoy en amplios círculos del catolicismo. En el Concilio, voces de distintos Padres, aun de cardenales de gran nombre, se levantaron combatiendo violentamente su magisterio en la Iglesia. Y parecían, por la aquiescencia tácita de otros, representar el sentir de buena parte de la llamada "mayoría" conciliar.

Esta depreciación del Aquinate y su doctrina se halla en conexión e íntima dependencia con el fenómeno de tensiones y conflictos internos en que vive la Iglesia en el mundo actual. Se hace cada vez más dominante la idea de que la Iglesia debe acercarse al mundo moderno, por el deseo loable de darse a él para darle a Cristo, de entablar diálogo con el mundo, de adaptarse a los problemas de nuestro tiempo. Pero esta adaptación al mundo se entiende indebidamente como aceptación de los principios del mundo moderno, no sólo de sus progresos científicos y técnicos, sino de sus varias ideologías, sus nuevos sistemas filosóficos, sus preferencias y gustos morales, los continuos cambios de su conciencia moral y social. Es decir, la adaptación de la Iglesia al mundo moderno se entiende, no por transformación cristiana del mismo, dando soluciones cristianas a sus problemas, sino por sumisión de la Iglesia y de los cristianos a él, aceptando en bloque la civilización moderna que, según la ley progresista, es considerada superior a todos los valores producidos en la historia anterior. Pero el fenómeno de la cultura y vida moderna con-

siste principalmente en la desacralización, la secularización y laicización, en sustituir a Dios por el hombre. El hombre en el mundo presente no encuentra su explicación ni su fundamento en Dios, sino que se ha convertido en medida de todas las cosas, con negación de la verdad objetiva. De aquí la fuerza arrolladora y dominante del subjetivismo: religioso, filosófico y moral; y como el hombre necesita del absoluto, se sustituye a Dios por sucesivos mitos: la libertad, la dignidad humana, la igualdad de clases, y, subyacente a todos, el Progreso.

Tal ideal cristiano en el mundo actual parece más bien abrir el camino a una mundanización de la Iglesia que a la cristianización del mundo. Se vive una etapa de enorme confusionismo ideológico. Con frecuencia resulta difícil distinguir la verdad del error, el bien y el mal, en distintos aspectos de la vida religiosa, familiar y social. Se pretende resolver los problemas enfocándolos exclusivamente desde un punto de vista pragmático, naturalista, oportunista, sin profundizar por buscar soluciones que respeten los valores esenciales de los seres y de las cosas, que estén conformes con la ley natural y divina. Así se van creando situaciones inestables, estructuras en constante revisión. Dicho relativismo y flujo constante de formas nuevas en el terreno pragmático trasciende y aboca siempre más hacia un relativismo religioso, dogmático y moral.

Es justamente Pablo VI el que viene trazando en numerosas allocuciones a lo largo del año 1965, un diagnóstico penetrante de esta crisis ideológica actual y del confusionismo reinante, dentro y fuera de la Iglesia. Baste recordar, como resumen, el sombrío cuadro que ha esbozado recientemente en su Allocución del 7 de diciembre, durante la sesión conclusiva del Concilio, y que bien harían en tener presente los que tanto propenden a notar "los signos de los tiempos". Los que el Pontífice describe para el campo ideológico tienen un aspecto bien desolador: "Es menester recordar, dice, el tiempo en que se ha llevado a cabo (el Concilio); un tiempo que cualquiera reconocerá como orientado a la conquista de la tierra más que al reino de los cielos; un tiempo en que el olvido de Dios se hace habitual y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico; un tiempo en que el acto fundamental de la personalidad humana, más consciente de sí y de su libertad, tiende a pronunciarse en favor de la propia autonomía absoluta, desatándose de toda ley transcendente; un tiempo en que el laicismo aparece como la consecuencia legítima del pen-

samiento moderno y la más alta filosofía de la ordenación temporal de la sociedad; un tiempo, además, en el cual *las expresiones del espíritu alcanzan cumbres de irracionalidad y de desolación*; un tiempo, finalmente, que registra aún en las grandes religiones étnicas del mundo «perturbaciones y decadencias jamás experimentadas» (7).

La consecuencia lógica de esta grave situación intelectual dominante en el mundo moderno es la apostasía y defección de Dios, la concepción antropocéntrica del mundo, el humanismo ateo. A eso se refiere el Pontífice en la siguiente frase del mismo discurso cuando describe al hombre de hoy "que se levanta trágico en sus propios dramas", "que se atreve a llamarse principio y razón de toda la realidad"; y al humanismo moderno "que renuncia a la transcendencia de las cosas superiores", "humanismo laico y profano" que "ha desafiado al Concilio", enfrentándose, como "la religión —porque tal es— del hombre que se ha hecho Dios", a la verdadera "religión del Dios que se ha hecho hombre". Es a ese tipo de hombre y de humanismo moderno al que opone Pablo VI "nuestro nuevo humanismo", basado "en la concepción teocéntrica y teológica del hombre y del universo", del que se ha ocupado tan detenida y amorosamente el Concilio; porque la Iglesia atiende más que ninguna otra institución a la verdadera promoción del hombre.

En este mismo sentido, en diferentes discursos del pasado año, Pablo VI ha amonestado con insistencia sobre los peligros de escepticismo e indiferentismo religioso, de agnosticismo e incluso sobre los extravíos del ateísmo que encierran las tendencias del pensamiento actual, y a los que son arrastrados aun los intelectuales católicos.

II.—EL PRESENTE DE LA FILOSOFIA EN LA IGLESIA

Tales tendencias y corrientes del pensamiento sembradoras del confusiónismo actuales son las que han producido el clima de desconfianza y aversión al pensamiento de Sto. Tomás y de la filosofía perenne.

Se dirá que dichas desviaciones doctrinales, a las que se refiere Pablo VI, conciernen al campo religioso, a diversas interpretaciones dogmáticas y opiniones sobre las instituciones de la Iglesia y cues-

(7) PAULO VI, *Alocución en la Sesión conclusión del Concilio*, 7-12-1965: BAC, Concilio Vaticano II (Madrid 1965), p. 814.

tiones teológicas. Los problemas puramente filosóficos estarían al margen de tales agitaciones. Y la aversión a la filosofía del Aquinate obedecería a otras causas, en especial a la incapacidad del sistema tomista, dada su estructura medieval ya sobrepasada, para imponer sus esquemas ideológicos a las mentes modernas.

Nada más falso que esto, y nunca insistiremos suficiente en deshacer esta falsa especie, que toca el fondo de nuestra cuestión.

Sabida es la conexión íntima que siempre ha existido entre la filosofía y la teología. Aquélla proporciona los fundamentos racionales de todo el proceso teológico, en cuanto a todas sus funciones de interpretación, exposición y esclarecimiento de los misterios revelados, así como del desenvolvimiento ulterior de sus virtualidades. Por eso la teología católica ha tenido siempre, como fundamento y base propedéutica necesaria, el sistema coherente de verdades de esta sabiduría natural de los siglos que se llamó filosofía perenne, escolástica, o tomista, como se ha dicho. Y no se podrá atender a los grandes principios filosóficos sin introducir también desviaciones y equívocos en las doctrinas teológicas y viceversa.

Esta vinculación estrecha y dependencia de la teología católica respecto de la sana filosofía, que la Iglesia siempre ha sostenido, la experiencia de los siglos lo ha comprobado claramente.

Basta primero observarlo *en la teología protestante*. En vano Lutero atacó furiosamente la filosofía escolástica y tomista recibida en la Iglesia, culpándola de ser causante de la corrupción y falseamiento de la verdad cristiana, y pretendió volver al cristianismo puro, incoando el principio de *sola fides, sola Scriptura* sin mixtificación de humanas filosofías. Sus grandes tesis dogmáticas por las que se separó de la Iglesia y que constituyen la herejía luterana son desviaciones y lógicas consecuencias de las teorías de una escolástica decadente, que es el Ockamismo o nominalismo. Durante los siglos XVI-XVII la teología primera de los reformadores floreció dentro de una relativa ortodoxia (la ortodoxia protestante) merced a la introducción y cultivo de la metafísica de los grandes autores españoles, sobre todo a través de Suárez, y a través de Vitoria y sus discípulos para la filosofía jurídica.

Pero desde el siglo XVIII el racionalismo hace presa en la teología protestante, y las grandes corrientes de la filosofía moderna determinan otras tantas orientaciones o escuelas teológicas protestan-

tes. Bien es sabido cómo el criticismo racionalista e idealismo kantianos influyeron tan hondamente en la dogmática y teología protestantes, produciendo siglos de la famosa escuela de teología liberal, que disuelve el núcleo esencial del cristianismo, la revelación sobrenatural y la divinidad de Jesucristo. Sus exégetas se adentran en el examen de la Biblia con la aparente seriedad de investigación científica, pero en realidad deslizan en su exégesis sus principios y teorías filosóficas. Así se forma y se acepta la "alta crítica alemana" que elimina cuidadosamente todo lo sobrenatural, milagroso y divino de los textos bíblicos. Se instaura una exaltación vigorosa de la persona y sentido central de Cristo, pero negando con sutil interpretación todo lo que la tradición había visto en Él de verdaderamente transcendente y reduciéndolo a dimensiones puramente humanas.

De esta suerte, la teología dogmática protestante se encuentra a merced de las corrientes filosóficas de moda, proliferando en numerosas escuelas, siempre con la preocupación de una interpretación del cristianismo concorde con las nuevas filosofías. El positivismo científico y el fenomenismo subjetivista también hicieron surgir una concepción de la revelación y mensaje cristianos como simple fruto de la experiencia religiosa inmanentista. Se multiplicaron los análisis del fenómeno religioso y la teología vino a reducirse a *filosofía de la religión*. El modernismo, como interpretación inmanentista del hecho cristiano, prendió en el clima de la teología liberal protestante antes que en la teología católica, y asimismo numerosos aspectos de la "nueva teología", término que es acuñado por un teólogo protestante americano, ya a fines del siglo pasado.

Por otra parte, de todos es sabido cómo la filosofía existencial ha influido tan poderosamente en la moderna teología protestante, a la que de modo tan especial se adapta, produciendo incluso con el existencialismo teológico de Kierkegaard y la teología dialéctica de Barth un movimiento de "neoortodoxia" protestante con la acentuación luterana del contraste entre lo divino transcendente y lo humano. Pero el subjetivismo, el irracionalismo, fenomenismo y finitud intramundana de la concepción existencialista, por fuerza llevan a muchos teólogos protestantes de esta corriente a un pleno agnosticismo respecto de las realidades transcendentales, y a la "demitización" de Bultmann o interpretación simbólica de la resurrección y de toda la historia sobrenatural del Evangelio. Cristo sería el *mito*, el símbolo de la relación del hombre-Dios, de la conjunción de lo divino y humano,

lo infinito y lo finito, espíritu y materia que sucede en toda persona humana.

La última consecuencia y extremo deslizamiento liberal, a que han llegado los más recientes teólogos protestantes en su deseo de pactar con las últimas corrientes del pensamiento actual, es el "humanismo" religioso, agnóstico o ateo, que denunciaba el citado documento de Pablo VI. Para este naturalismo humanista la ciencia experimental es la única fuente de conocimiento de la verdad; y los principios indiscutibles de la realidad son el evolucionismo dialéctico creador, la visión optimista del hombre y la fe en el progreso constante, casi infinito, de que es capaz la libre iniciativa humana y a la que se identifica con la idea de salvación. Luego establecen la reducción liberal de los conceptos religiosos tradicionales a estos ideales humanistas. El reino de Dios sería un fenómeno terrestre, confundido con la redención de la sociedad mediante el progreso continuo. La sustancia del mensaje cristiano estaría contenida en el conjunto de normas éticas que condicionan la realización del reino de Dios como sociedad temporal. Y Dios mismo o es declarado incognoscible en nombre de la ciencia, o es concebido como pura inmanencia, identificado "con el mismo evento creativo" o la realidad dinámica de las fuerzas que promueven el progreso humano, es decir, un Dios inmanente al mundo y no distinto de él, sino el Ser mismo o "fundamento de toda realidad". Así o en similares términos piensan los teólogos protestantes de más nota en la actualidad y que más arrastran a la juventud intelectual, como los americanos John Dewey y H. W. Wieman, los centroeuropeos B. Bonhoeffer, A. Schweitzer, el obispo anglicano J. Robinson, los existencialistas y fautores del marxismo religioso, R. Niebuhr y Paul Tillich, y tantos otros que así disuelven, con sus interpretaciones filosóficas, el cristianismo en la que Comte llamó *religión de la humanidad* (8).

(8) Véase resumen de la teología protestante, R. GÜTZMACHER-G. MURAS, *Textbuch zur deutschen systematischen Theologie* t. I-II (Berna-Tübingen 1961); L. GIUSSANI, *La teología protestante en América*, vers. esp. (Barcelona, Herder 1965); B. NEUNHAUSER, *La teología protestante en Alemania* (Barcelona 1965). De otros numerosos escritos de teólogos protestantes que, con igual deslizamiento hacia el ateísmo, hablan ya de un cristianismo sin Dios personal y trascendente, de una religión "secularizada" o puramente humanística y ponen de moda el tema hegeliano y nietzscheano de "Dios ha muerto", a ejemplo de la obra de E. BORNE, *Dieu, est-il mort?* (París 1965), habla ampliamente un artículo de I. GIORDANI, *Teología sin Dios* (Osservatore Romano 22-12-1965) citando el Boletín del Consejo Ecueménico de las Iglesias, n. 43 (2-12-1965) que aporta datos de teólogos protestantes aconsejando a los cristianos que acepten esa muerte de Dios.

Es interesante observar cómo los teólogos católicos actuales más comprometidos y de tendencias avanzadas siguen, aunque con más timidez y a lustros de distancia, la teología protestante en este proceso de interpretación disolvente del cristianismo en nombre de las nuevas corrientes del pensamiento filosófico actual.

El *fundamento* invocado por estos partidarios de la nueva teología, actualizada y puesta continuamente al día, ya lo sintetizaba admirablemente Pío XII en la *Humani generis*. Apelan, dicen, a las razones supremas de la urgente necesidad pastoral y de un incontrollado "irenismo", según las cuales, para oponer un dique al avance arrollador del ateísmo, es preciso "reformular a fondo" la teología y sus métodos, "a fin de que el reino de Cristo pueda penetrar con eficacia entre todos los hombres de cualquier cultura y de cualquier ideología religiosa". Esto exige que "la doctrina católica sea desnudada de todos los elementos extraños a la divina revelación", reducida a la simplicidad de su lenguaje bíblico y patrístico, para que así comparada con las posiciones dogmáticas de las otras confesiones cristianas, pueda fácilmente llegarse a un acuerdo (9).

Pero la inteligencia humana nunca abdica a sus derechos ni de su sed insaciable de inteligibilidad, de comprensión racional del misterio. Si al dogma católico se despoja del medio de explicación de la teología y filosofía tradicionales, por fuerza habrán de ser sustituidos por otros sistemas. Así, continúa la *Humani generis*, estos innovadores afirman audaces que la teología católica, para satisfacer a las necesidades de los tiempos, ha de servirse de los sistemas de la filosofía de cada época y expresarse con las nuevas nociones y categorías que en el curso de los tiempos suceden a las antiguas. Porque sostienen que los misterios, por su misma transcendencia, no encuentran adecuada expresión en concepto de verdad inmutable; hemos de contentarnos con significarlos en nociones "aproximativas" y mudables de cada época. Aunque estas conceptualizaciones sean diversas y aun opuestas entre sí, tienen el mismo valor para reflejar las verdades divinas a nuestro modo humano, de verdad relativa y parcial (10).

Tal es la concepción del *pluralismo teológico*, de la adaptabilidad de la verdad revelada a la más variadas interpretaciones conceptuales,

(9) Pío XII, Enc. *Humani Generis*: AAS 42 (1950) p. 564, 565.

(10) *Ibid.* p. 566.

según los sistemas filosóficos de moda. La encíclica agrega que este pluralismo "contiene ya necesariamente el relativismo dogmático", con la negación de la verdad permanente de los enunciados de la fe. Implica además un puro pragmatismo y el evolucionismo dialéctico hegeliano aplicado a todo el campo de la verdad divina. La evolución histórica del cristianismo admitiría toda clase de interpretaciones más contrapuestas, según las tendencias ideológicas de los tiempos, para los cuales Cristo pasaría a ser tenido como Dios-hombre, o como hombre perfecto, o un mito, y Dios podría ser concebido, ora como ser personal, distinto, transcendente, ora como la realidad inmanente de las cosas.

No es extraño que los teólogos protestantes hayan llegado a los excesos descritos, una vez roto el freno de una base inteligible coherente y firme de un sistema filosófico.

La Encíclica citada ya amonestaba a los teólogos y filósofos católicos a no deslizarse por la misma pendiente, y denunciaba las desviadas interpretaciones dogmáticas que algunos partidarios de la nueva teología habían ya aceptado. Y con gran lucidez esbozaba el cuadro de estas ideologías filosóficas a la moda, pero incompatibles con el recto sentido de los dogmas, con estas breves palabras:

"Si miramos fuera del redil de Cristo, fácilmente descubriremos las principales direcciones que siguen no pocos pensadores actuales. Unos admiten sin discreción ni prudencia el sistema "evolucionístico" que aun en el campo de las ciencias naturales no ha sido probado todavía indiscutiblemente y pretenden que hay que extenderlo al origen de todas las cosas, y con osadía sostienen la teoría monística y panteística de un mundo sujeto a perpetua evolución. De esta teoría se valen y con agrado se sirven los fautores del comunismo para defender y propagar su "materialismo dialéctico" y arrancar de las almas toda noción de Dios.

Las falsas aserciones de este evolucionismo, por las que se rechaza todo lo que es absoluto, firme e inmutable, han abierto paso a una nueva aberrante filosofía, que en contraste con el "idealismo", el "inmanentismo" y el "pragmatismo" ha sido denominada "existencialismo", porque, rechazando las esencias inmutables de las cosas, sólo se ocupa de la "existencia" concreta de los individuos.

A éstos se añade un falso "historicismo", que se adhiere sólo a los acontecimientos de la vida humana y tanto en el campo de la fi-

lososofía como en el de los dogmas cristianos, destruye los fundamentos de toda verdad y ley absoluta" (11).

Agrega la Encíclica que muchos han abandonado el "racionalismo" en que fueron imbuidos, e intentan prestar una adhesión sincera a la Palabra de Dios guardada en la Escritura; pero unen su acto de fe con una desconfianza total en la razón humana y desprecio al Magisterio de la Iglesia. Esto representa el "irracionalismo" y el "fideísmo" a él unido de muchos creyentes de hoy, trabajados por los prejuicios de esas ideologías.

Y aun esa visión de los sistemas de filosofía desviados e incompatibles con la aceptación íntegra del dogma cristiano no es todavía completa. Por eso el documento pontificio señala doble característica general, como denominador común de esa y otras filosofías, a saber: 1) *el relativismo de la verdad*, fruto espontáneo del evolucionismo radical del ser y del *irracionalismo* del conocer en que van inmersas esas doctrinas; 2) la consiguiente *negación "del valor del razonamiento metafísico"*, es decir del valor transcendente de las nociones del ser y primeros principios de la inteligencia humana, los únicos capaces de guiar el espíritu humano en el conocimiento de la verdad (12). Son justamente dos notas que más definen la incompatibilidad de esos falsos sistemas del pensamiento actual con una íntegra fe cristiana.

Este esquema de formas desviadas del pensamiento filosófico actual trazado por la *Humani generis* no ha perdido nada de su actualidad. Antes al contrario, dichas teorías se han extendido aún más y se ha acentuado su influencia sobre los pensadores teólogos y filósofos católicos, sembrando un creciente confusionismo en el campo de las doctrinas católicas. Estas influencias alcanzan también a muchos que, por especial profesión y compromisos, debían cultivar una filosofía tomista auténtica e incontaminada. De paso notamos algunas tendencias que se observan hoy en algunos de nuestros filósofos:

1) Numerosos son primeramente, los autores que prestan adhesión complacida al *sistema evolucionista*. No se trata tan sólo del evolucionismo científico, de la hipótesis de la aparición de los seres vivos en el universo en dependencia unos de otros y en continua mutación de las especies, que tantos aceptan como postulados intan-

(11) Enc. *Humani Generis*: AAS 42 (1950) p. 562-563.

(12) Enc. *Humani Generis*: AAS 42 (1950) p. 566, 574.

gibles no obstante la admonición del Pontífice concorde con los datos de una ciencia rigurosa de que aun no ha sido indiscutiblemente probada; ni de discusiones en torno al fixismo de la filosofía tomista, o si en ella existen puntos de apoyo para una doctrina de la evolución restringida, que salve el abismo infranqueable existente entre las últimas especies animales y la aparición del hombre, mediante la acción creadora de Dios.

Todo ello puede aún discutirse, porque no lesiona los grandes principios del tomismo ni doctrinas de fe.

Se trata más bien del evolucionismo absoluto, el sistema que extiende el postulado de la evolución al origen mismo de las cosas, y a través de todo el proceso histórico del hombre y del universo hasta su consumación escatológica en Dios, o absorción pleromizante de todas las cosas en el Cristo total. Este sistema con razón afirma la *Humani generis* que contiene el monismo panteísta, y que de él se sirve el comunismo ateo como única posible explicación de su materialismo y "para arrancar de las almas toda noción de Dios".

No obstante, sabido es cómo este evolucionismo integral ha seducido a innumerables católicos a través de su versión pseudo-cristiana, es decir, del brillante ropaje o fraseología cristiana y hasta misticista, con que lo ha revestido Teilhard de Chardin. Queremos creer que se trata no del Teilhard histórico, de las convicciones íntimas y aserciones seriamente afirmadas por el piadoso jesuita, sino del teilhardismo, del sistema de ideas del Padre interpretado en toda su crudeza por sus seguidores. No obstante la incompatibilidad de ese sistema con numerosos dogmas católicos señalada por el Magisterio y probada por serios teólogos, la concepción teilhardiana es objeto de la entusiasta adhesión de muchos, que la exaltan como signo de una ideología al día y bandera de todo progresismo. No faltan tomistas que, aun confesando los grandes fallos y errores dogmáticos de la solución de Teilhard, creen que ha abierto las perspectivas de un "nuevo saber", a una especie de visión o síntesis superior a la ciencia y la filosofía, las cuales habrían fallado en su intento de darnos el conocimiento total de la realidad. Por eso la intuición teilhardiana uniría las luces de la fe y la sabiduría humana, abriendo el camino de una nueva sabiduría, a cuyo esclarecimiento y fundamentación deberían los demás contribuir (13).

(13) Así N. LUYTEN, O. P., *Teilhard de Chardin. Nouvelles perspectives du Savoir?* (Fribourg 1965). El mismo expone resumen de esas ideas en "Academia Friburgensis" n. 2 p. 53-59.

Esta apreciación juzgamos muy impropia de un filósofo tomista, que con Sto. Tomás debe ante todo distinguir los métodos específicos de conocimiento, el de la ciencia, de la filosofía y de la fe. Y creemos que está en la misma línea del "iluminismo ideológico y profético" del mismo teilhardismo, en cuya raíz más profunda todos han notado un abandono del método racional en aras de la imaginación poética y soñadora. De ahí provienen el confusionismo y ambigüedades propias del teilhardismo: la unión, o mejor, confusión, de la materia y espíritu, del cuerpo y el alma, del fenómeno y la realidad sustancial, de la fenomenología y la metafísica, de la imaginación y la razón, de la naturaleza y lo sobrenatural, del orden de la creación y de la redención, de la Iglesia y la humanidad, de lo finito y lo infinito, de Dios y el mundo... A tan extraño confusionismo sólo puede llegarse mediante la dialéctica del devenir y unión de los contrarios, cuyo último fruto es el "materialismo dialéctico" marxista. Por algo Teilhard invoca cerca de cuarenta veces en su *Le phénomène humain* la triada hegeliana de tesis, antítesis y síntesis, significativa de esta nueva dialéctica dinámica, y que parece ser también la clave profunda del método teilhardiano, y de las grandes tensiones y confusiones que ha introducido en el pensamiento católico.

2) Otra tendencia desviada de filósofos católicos y tomistas podríamos calificarla como *fideísmo* renovado. Lo indicaba ya la *Humani generis* entre las consecuencias del irracionalismo y lo denuncia más duramente Pablo VI en su reciente discurso al VI Congreso Tomístico, donde dice: "Vuestros estudios podrán además contribuir a disipar el equívoco de un cierto número de creyentes, que hoy se sienten tentados por un fideísmo renaciente. No atribuyendo valor más que al pensamiento de tipo científico, y desconfiando de las certezas propias de la sabiduría filosófica, son llevados a fundar sobre una opción de la voluntad su adhesión al orden de verdades metafísicas".

Esta actitud ya dijimos que a muchos teólogos protestantes de la corriente empirista y humanista llevaba a un puro agnosticismo, y hasta a la negación de un Dios personal. También la descubrimos en filósofos católicos y tomistas, quienes asimismo han llegado a la convicción de que la ciencia actual es la única fuente de conocimiento de lo real, a través de sus leyes empíricas. Así el P. Dubarle, O. P., quien, en reciente libro del que después nos ocupamos (14), decla-

(14) DOMINIQUE DUBARLE, *Dialogue avec le marxisme* (Paris 1964).

rando sin más inaceptable la teología recibida y la filosofía escolástica por ser anteriores a la ciencia moderna, acepta plenamente el "materialismo científico" del marxismo como explicación suficiente de la realidad; y a la vez con ese materialismo dialéctico conjuga y vive su fe de católico.

Tal será la antigua "fe de carbonero", la sola que pueden tener quienes están imbuidos del positivismo científico, o han sido en parte conquistados por la ideología marxista y su materialismo. A esta fe empuja todo el irracionalismo de la "teología dialéctica" de K. Barth, que proclama el *Deus absconditus* e incognoscible.

El Papa denuncia, en el citado discurso, dicha actitud fideísta como "una abdicación de la inteligencia humana que tiende a arruinar la doctrina tradicional de los preámbulos de la fe y el indispensable valor de la razón natural solemnemente afirmado por el Vaticano I". Por lo mismo, también arruina la doctrina católica de la racionalidad de la fe, como un "razonable obsequio" prestado a Dios (Rom. 12, 1; cfr. Denz. 1790), y la misma teología católica en su función de "inteligencia de los misterios", aunque lejana y analógica. Dicha actitud sólo pues puede dar lugar a una fe precaria, mantenida en tensión desgarradora y unión de contrarios, por ciega y arbitraria decisión de la voluntad, y con inminente deslizamiento hacia el agnosticismo, como en los citados teólogos protestantes.

Esta fe tan depurada y esencializada que muchos predicán y desean para introducir el mensaje cristiano en las masas-sin-Iglesia de hoy, en dura confrontación con el mundo secularizado y ateo, es sólo un mero remedo de la "fe pura" de S. Juan de la Cruz, y nada tiene que ver con la recia, serena y confiada del cristiano ferviente y apóstol.

3) Otra tercera forma desviada del pensamiento de muchos filósofos tomistas es el *historicismo*. Vimos con qué fuerza es denunciado ya por la *Humani generis* entre las aberrantes concepciones en filosofía y teología incompatibles con los dogmas.

Se trata de un "falso historicismo" que contempla y mide las realidades todas del acontecer mundano según el hombre histórico, como criterio del valor de las cosas, y que "destruye los fundamentos de toda verdad y ley absoluta", según el texto de la encíclica. Este historicismo radical supone el *relativismo* de todos los valores de verdadero y bueno y, por lo mismo, el evolucionismo universal en que

éste se funda. Pero también está ampliamente aliado con las demás desviaciones filosóficas, inmanentismo, positivismo, subjetivismo existencialista, que están en la base del confuso humanismo actual. Todas ellas son englobadas bajo esta nueva perspectiva historicista, de sentido o relación a la historia humana que se da a todas las realidades y acontecimientos del mundo.

La categoría historicista fácilmente se centra en la simple *temporalidad* del momento presente, de lo nuevo y actual. Todo lo que es pasado, en valores de verdad y bien, en formas de cultura y modos de pensar, en estructuras sociales, religiosas, etc., ha sido ya superado, y se considera sin valor, como algo caduco y muerto. Lo que cuenta es sólo lo nuevo, lo que es vital en la hora actual.

De esta mentalidad historicista, o mejor, actualista o vitalista, como supremo criterio de valoración, están fuertemente inuidos filósofos y teólogos católicos. Y los teólogos la aplican en gran escala en sus reflexiones sobre la renovación de la Iglesia y del Cristianismo entero. Sostienen que la revelación y toda la economía de salud por Cristo y en Cristo significan una irrupción del beneplácito y amor divinos de salvar al hombre en la historia, que reviste los modos del acontecer histórico y ha de adaptarse a las formas históricas de la vida de la humanidad. Y la Iglesia, predicando éstos, debe también revestirse de sentido histórico de la nueva humanidad en continuo progreso, el cual exige la reforma radical de sus estructuras históricas "para asumir el nuevo estilo de existencia cristiana que se dibuja como sentido de la historia colectiva" (15), el nuevo sentido de la humanidad actual, socializada y marxista, laica, secularizada o arreligiosa, que anuncian junto con Marx los nuevos pseudos-profetas o protestantes ateos Bonhoeffer, Tillich, Robinson y sus compañeros católicos de viaje.

Con lo cual estos teólogos "relativizan" y desnaturalizan los dogmas cristianos e instituciones divinas de la Iglesia, tienden a confundir ésta con la del mundo actual, y la salud cristiana con una felicidad terrestre no muy distinta del paraíso comunista, como ha denun-

(15) CH. DUQUOC, O. P., *Situación histórica del creyente y existencia cristiana*: Concilium n. 9 (noviembre 1965) p. 118-129. En la misma dirección, M.-D. CHENU, *L'Évangile dans le temps* (Paris 1965), así como en Conferencias en Roma, noviembre 1965; O. RABUT, O. P., *Vie spirituelle du profane. Les énergies du monde et l'exigence religieuse* (Paris 1962); A. DONDEVNE, *La Foi écoute le monde* (Paris 1964); C. DUQUOC, *L'Eglise et le progrès* (Paris 1964) y en diferentes artículos en "Lumière et Vie", Lyon 1962-1964; R. SCHNEIDER, *Winter in Wien* (Viena 1958), etc.

ciado Pablo VI en numerosos discursos de 1965. Las consecuencias, pues, de esta interpretación radicalmente historicista, o basada en un simple naturalismo, de la dogmática y vida cristianas, no pueden ser más desastrosas...

4) *Una cuarta forma* desviada de filosofía se advierte, por fin, en la hora actual, entre los mismos cultivadores de la doctrina de Sto. Tomás.

Se refieren sobre todo a la parte más alta de la filosofía tomista, que pretenden reforzar también de acuerdo con los gustos ideológicos de los tiempos. Así se ha proclamado en público que debe sustituirse la metafísica de Sto. Tomás, esencialista y fundada en la ontología del ser, por una "metafísica de la persona humana".

La expresión no significaría cambio fundamental, si tal metafísica se entendiera en un orden objetivo y real. Al fin, dentro del orden de la creación, la persona humana es portadora de las perfecciones y valores más altos que el análisis metafísico contempla. Sto. Tomás ha construido, con perfección inigualada, la metafísica de la persona, divina y humana; y exaltado, anticipándose a las elucubraciones modernas, la dignidad de la persona humana, como fundamento del orden moral, social y jurídico, edificando así las bases del personalismo cristiano. El "constitutivo esencial de la persona" fue uno de los temas más trabajados y discutidos en la teología y filosofía tradicionales. Dicha expresión sería pues aceptable, si sólo significara un cambio de acento en el enfoque de muchos temas de la filosofía y teología y renovada presentación de los mismos. Las relaciones religiosas del hombre a Dios deben recibir perspectivas y formulaciones más personalistas, las cuales son mejor recibidas en la época actual que las antiguas formulaciones simplemente esencialistas.

Pero esta metafísica del ser y de la persona en el orden objetivo culmina con el establecimiento de la vinculación ontológica que los une a la Causa y Ser supremo, es decir, con la demostración de la existencia y naturaleza de Dios. Y otro postulado de quienes han anunciado la nueva metafísica es negar valor demostrativo a las pruebas de la existencia de Dios (16).

(16) A. LEONHARD, O. P., *Comunicación al VI Congreso Tomístico* (Roma 1965) vol. I-II en curso de publicación. Asimismo, diferentes publicaciones en Revistas holandesas, especialmente del P. SCHILLEBEECKS, O. P., sobre el misterio eucarístico, que motivaron la encíclica *Mysterium fidei*. De igual modo, otros diversos artículos en neerlandés sobre un cambio radical del concepto tradicional

Se trata, pues, de una metafísica de signo contrario, es decir, de una metafísica subjetiva, fenomenista y existencial. De la persona entendida como el *Dasein* o ser-en-el-mundo de Heidegger, el hombre en conexión existencial con el mundo, que transforma y centra en torno de sí todas las realidades, que con su libertad crea su propia existencia y el orden de las cosas. Sobre esta metafísica nueva, que es el simple humanismo existencialista, se intentaba dar una nueva explicación al misterio Eucarístico y a la transubstanciación: no habría conversión ontológica de una substancia del pan que es diluida en puro fenómeno, sino *transignificación* o *transfinalización*, es decir, cambio de sentido para el hombre, porque las realidades se mudarían al cambiar su relación al hombre. La realidad del Cuerpo de Cristo se habría esfumado en simple presencia de virtud oculta en el signo sacramental eucarístico...

Pero la reciente encíclica *Mysterium fidei* desaprobaba dichas teorizaciones, porque no salvaban la realidad de la presencia substancial de Cristo en la Eucaristía, y a la vez, restituía a su propio y tradicional sentido las definiciones conciliares de la transubstanciación y su explicación teológica, revalorizando de nuevo los conceptos de la metafísica tradicional en que se fundan. De igual suerte son generalmente desautorizadas por el Magisterio los grandes cambios que muchos propugnaban en la moral clásica y en todo el ámbito de la ley natural, que intentaban reducirla a pura moral de la situación. En nombre de la misma metafísica de la persona, de una concepción antropocéntrica, como si el hombre dominara todas las fuerzas de la naturaleza, pretendían liberar el obrar moral de todas las trabas de leyes y normas objetivas impuestas por el Creador, máxime en el campo de la moral conyugal.

Tampoco aquí han prosperado, ni cabe esperar que prosperen,

tomista de la ley natural, con ocasión de la moral conyugal, encabezados por uno del P. SCHILLEBEECKS.

En esta misma línea, otro de los autores representativos que patrocina un cambio radical en la moral cristiana es MARC ORAISON, *Une Morale pour notre temps* (Paris 1964), en el cual, acusando de "no cristiana" la moral tradicionalmente enseñada, ensaya nuevos rumbos en la interpretación de los conceptos básicos morales, como la ley y el pecado, sobre el fundamento de la metafísica de la persona y relaciones de intersubjetividad, curiosamente mezclada con el psicoanálisis freudiano, que expone su maestro ateo, A. HESNARD, *Morale sans péché* (Paris 1954, incluido en el Índice, como otro siguiente de M. Oraison). Tales serían los supremos principios de interpretación de la moral evangélica. Véase una sólida posición crítica en contra por G. DE ROSA, *Una Morale per il nostro tempo?*: *Civiltà Cattolica* 116 (18 dic. 1965) p. 555-572.

las consecuencias disolventes de este subjetivismo existencialista, etiquetado con el pomposo nombre de metafísica de la persona.

III.—EL TOMISMO, FILOSOFIA DEL PORVENIR

Del panorama de los movimientos del pensamiento actual aquí esbozado, se percibe aún con más claridad la íntima conexión e implicación mútua entre la teología y la filosofía católicas que en la tradición secular de la Iglesia se ha mantenido. Por eso en épocas de esclarecimiento y plenitud teológicas ha florecido una vigorosa filosofía perenne como soporte de aquella reflexión teológica; y al contrario, años de agitación, de confusionismo y pugna entre encontradas interpretaciones de la doctrina católica, como las que vivimos, traen también consigo regresión, oscurecimiento y hasta desprecio por los grandes valores de la filosofía cristiana.

Podemos asimismo responder a las preguntas arriba mencionadas: ¿Puede la Iglesia del Concilio y del post-concilio dejar de prestar su preferencia, su recomendación y autoridad normativa en favor de la filosofía perenne y tomista, dando un "giro copernicano" a toda su disciplina anterior, y acoger en su seno otras formas de filosofía más actuales?

La respuesta negativa podía ya ser dada a priori sobre un fundamento inconcuso. Un Magisterio secularmente repetido de la Iglesia tiene un valor permanente y no puede cambiar, negándose expresa o implícitamente. Y este Magisterio directivo y normativo adoptando la filosofía perenne como suya propia, sabemos que existe. Podría oscurecerse o silenciarse en determinadas épocas mas no resultar caído o falso.

Pero además se da la continuidad del mismo en la Iglesia actual del Concilio, que tan a fondo ha instituido una revisión sobre sí misma en vistas a una renovación y depuración de inútiles adherencias en su enseñanza sagrada. Vale la pena que recojamos aquí los documentos más importantes, empezando por el Magisterio vivo y universal de los últimos Pontífices.

Juan XXIII, el Papa del *aggiornamento* y del Concilio, que lanzó la Iglesia por el camino decisivo de una más amplia apertura al mundo entero, tiene en su rápido Pontificado textos bien expresivos recomendando muy concretamente la doctrina de Sto. Tomás. Ya en

discurso al V Congreso de la Academia de Sto. Tomás del año 1960, manifestaba la íntima persuasión de que los principios, doctrinas y métodos del Doctor Común habían de perdurar en todos los tiempos: "*Nobis persuasum plane est, in omnes aetatis duratura Angelici Doctoris principia, praecepta docendique viam*"; también hacía suyas las recomendaciones y normas de Pío XI y Pío XII sobre la enseñanza de Sto. Tomás; y en la hora solemne de expectación del evento del Concilio, en que su solicitud pastoral se agudizaba más, declaró que el estudio de las cuestiones según los principios imperecederos del Aquinate habrían de fomentar mucho entre los estudiosos la unidad y consentimiento de la verdad y la caridad: *tractationem nempe et solutionem moralium quaestionum, secundum numquam interitura Aquinatis principia, miro usui esse, ut studiosi veritatis et caritatis consensus et unitas sit*". Por fin, auguraba la máxima difusión, incluso entre los católicos seculares, del pensamiento tomista, *cum persuasum omnino haberemus studia huiusmodi plurimum ad catholicam hominum institutionem valere*" (17).

Al año siguiente el mismo Pontífice recomendaba a los Rectores de los Seminarios de Italia que se diera a sus alumnos, "ante todo una sólida formación filosófica cristiana según los principios, la doctrina, el método de Santo Tomás... A la luz de aquellos principios esclarecedores podrán ser juzgados, en su justo valor, los vastos movimientos culturales y literarios, las corrientes del pensamiento moderno, las lagunas y peligros del tecnicismo" (18). Y bien es sabido cómo en 1963, enfermo ya y presintiendo la muerte, Juan XXIII inauguraba solemnemente la Universidad de Santo Tomás en Roma, expresando el mismo deseo de una gran difusión del pensamiento tomista (19). Y en su Pontificado justamente emanaba el Santo Oficio el "Monitum" proscribiendo las obras Teilhard de Chardin y denunciando los errores y ambigüedades en ellas contenidos (20).

Vengamos a Pablo VI, que ha llevado a feliz coronación el Concilio y preside ya con eficaces normas toda la renovación posconciliar. Pues bien, y puesto que algunos parecen creer que con la muerte de un Papa ha perdido validez toda su enseñanza, las directrices del

(17) JUAN XXIII, *Alocución al V Congreso Intern. de la Acad. de S. Tomás de Roma*: AAS 56 (1964) p. 618, 631.

(18) JUAN XXIII, *Alocución a los Rectores de los Seminarios de toda Italia sobre la formación de sus alumnos*: AAS 53 (1961) p. 564.

(19) Texto en Osservatore Romano, 7 marzo 1963.

(20) *Monitum* del Santo Oficio, del 30-6-1962: AAS 54 (1962) p. 526.

actual Pontífice confirman ya plenamente la línea secular establecida en torno a la filosofía perenne.

Ante todo, de una *manera negativa*, Pablo VI ha denunciado y desaprobado los errores del pensamiento actual contrarios a la *perennis philosophia* y teología católica. Ya en su primera Encíclica *Ecclesiam suam* el Pontífice, en una grave amonestación al mundo, dirigida a precaverse de los peligros del pensamiento actual, denuncia la actitud de muchos a quienes esta misma agitación ideológica de la hora presente "les ha lanzado a abrazar opiniones y teorías totalmente singulares". Entre ellas menciona "los errores del modernismo que se ven revivir ahora en nuevas formas de vida religiosa extrañas a la religión católica" y que "intentan viciar la auténtica doctrina y disciplina de la Iglesia de Cristo". Y más concretamente señala entre los grandes peligros de deslizamiento, por afán de acomodación, en el campo de la filosofía "el *naturalismo*, que trata de disolver las primeras nociones de la fe cristiana, y el llamado *relativismo*, que proclama igualmente válidos todos los modos de pensamiento y acción, negando que exista algo absoluto en el campo de las instituciones cristianas", junto con el ansia inmoderada de adaptación a todas las estructuras profanas del mundo. Pero más enérgica aún es la repulsa y condenación que en ella hace el Papa del ateísmo moderno y de las teorías y explicaciones, falsamente científicas, de un universo en perpetua evolución que quieren fundamentar ese ateísmo (21).

Sabido es con cuánta insistencia en numerosas alocuciones a lo largo del año 1965, desde el memorable discurso del 21 de enero hasta el último antes citado de la clausura del Congreso, Pablo VI ha denunciado e incriminado, a veces con muy duras palabras, las nuevas teorías que vienen agitando el campo católico y que con falsas interpretaciones relativizan los dogmas, desnaturalizando los misterios de fe. Dichas acusaciones, aunque de un modo general, ya apuntan bien claramente a falsas ideologías y sistemas filosóficos. Añádase a ello la reciente Encíclica *Mysterium fidei*, de enorme importancia por su condenación neta de las nuevas teorías de la "transfinalización" o "transignificación" —cuyo turbio origen en una mal llamada "metafísica de la persona humana", que no es sino el puro subjetivismo fenomenista del existencialismo, ya indicamos— así co-

(21) PAULO VI, Enc. *Ecclesiam suam*: AAS 56 (1964) p. 636.

mo de las extrañas explicaciones subsiguientes, basadas, o en un puro simbolismo, o en el vago panteísmo de la presencia universal de un Cuerpo de Cristo "pneumático". La Encíclica las rechaza netamente: No puede haber cambio de sentido o finalidad del pan y del vino eucarísticos sin que cambie la *realidad ontológica* de los mismos. A ellas opone la clásica explicación teológica de las definiciones conciliares sobre la transustanciación, cuyos presupuestos son toda la ontología de la filosofía tradicional. Y reafirma expresamente el valor eterno de estos conceptos filosóficos que, por estar calcados sobre la común experiencia y sabiduría humanas, desafían los siglos y todos los progresos de las ciencias (22).

Decididamente, el Magisterio de la Iglesia no se casa con los nuevos sistemas filosóficos hoy de moda. Y no puede armonizarse con ellos y asimilarlos o aprobarlos porque subvierten las bases del pensamiento humano realista y disuelven, en consecuencia, la doctrina revelada, como aparece en el confusionismo actual y más claramente se dibuja en las radicales tendencias hacia un naturalismo y humanismo panteísta de la teología protestante.

Pero, además, el Magisterio de Pablo VI ha dado ya claras pruebas de una recomendación *concreta y positiva* de la filosofía de Santo Tomás. Veamos los textos expresos.

Sea el primero la carta del Pontífice al General de la Orden, Padre Aniceto Fernández, O. P., del 7 de marzo de 1964, de congratulación y aliento por los trabajos de la "Comisión leonina" en la edición de las obras de Sto. Tomás y la erección en Washington de la "Saint Thomas Aquinas Foundation of the Dominican Fathers" para la confrontación del pensamiento del Angélico con los modernos sistemas de filosofía y los descubrimientos de las ciencias naturales y antropológicas. Pero con este motivo el Papa se lanza espontáneamente, recordando palabras de León XIII, Pío XI y Pío XII, a los más encendidos elogios del Aquinate, émulo de los que de la pluma de estos Papas brotaron. "En las obras de Sto. Tomás, dice, puede encontrarse un compendio del pensamiento universal y fundamental, expresado en la forma más clara y persuasiva. Por esta razón, su enseñanza constituye un tesoro de inestimable valor no sólo para la Orden Dominicana, sino para la Iglesia entera y para todas las

(22) Enc. *Mysterium fidei*: AAS 57 (1965) p. 757-8, 754, 766.

mentes que buscan la verdad. No sin razón ha sido saludado como el "hombre de cada hora". *Su doctrina filosófica, que refleja las esencias de las cosas realmente existentes en su verdad cierta e invariable, no es ni medieval ni exclusiva de una nación particular; ella trasciende el tiempo y el espacio y no es menos válida para la humanidad entera de nuestros días.*

"En cuanto a su doctrina teológica contenida... (en sus diferentes obras) pero sobre todo en sus dos *Summas*, cuanto mejor es comprendida en su admirable síntesis más grande es la admiración que despierta por la clara distinción y armonía entre el orden de naturaleza y el orden de la gracia, entre la razón y la divina fe que el Concilio Vaticano I exaltó y defendió contra los crecientes errores del materialismo ateo, del panteísmo, del racionalismo y del fideísmo...

Por ello Nos estamos convencidos que vendrán grandes beneficios a la causa de la verdad de un amplio y más exacto conocimiento de la *doctrina del Doctor Común, que la Iglesia ha hecho suya propia*" (23).

En el aspecto de imposición normativa de las doctrinas de Santo Tomás, destaca otra carta de Pablo VI con ocasión del Capítulo General de la Orden Dominicana, tenido en Bogotá en julio de 1965. El Pontífice exhorta a todos los miembros de la Orden a mantenerse en la ortodoxia, con una gran fidelidad al Magisterio de la Iglesia que es regla de la verdad, y un estudio ardiente de esta verdad, evitando "falaces y menos ciertas opiniones, por no decir muy audaces y peligrosas" (24). Para ello tienen el tesoro de doctrina de Santo Tomás, que recogió en un cuerpo ordenado de doctrina toda la sabiduría de los antiguos y la acrecentó de modo maravilloso. Pero ahora "esta doctrina del eximio maestro no ha de mantenerse en las sombras de un ejercicio doméstico, sino que ha de penetrar y fecundar vitalmente nuestra época", para lo cual han de esforzarse por confrontarlas con los nuevos descubrimientos científicos y problemas actuales para deducir de ahí las conclusiones (25).

(23) PAULO VI, *Carta al P. Aniceto Fernández*, Maestro General de la Orden Dominicana: AAS 56 (1964) p. 302-305, texto inglés. Las últimas palabras están tomadas de Pro XI, Enc. *Studiorum duces*: AAS 15 (1923) p. 314.

(24) PAULUS VI, *Epistola ad Rvdmum. P. Anicetum Fernández*, Mag. Gen. Ord. Praed. missa, occasione Capituli Gen. Bogotae mense iulii celebrati: Acta Capituli Generalis S. O. Praed. Bogotae 15-23 iulii celebrati (Romae 1965) p. IV.

(25) Ibid. p. V: "Immortalj vobis ducitur laudi dedisse christianae societati praeclarum illud lumen, S. Thomam Aquinatem, qui veterum doctorum, ut ait

No sin razón, pues, el citado Capítulo General amonesta a todos, apoyándose en las palabras del Pontífice, "a un seguimiento fiel" de Sto. Tomás, encomendando a los superiores de la Orden que cumplan y hagan cumplir a los súbditos esas reglas y admoniciones del mantenimiento de la ortodoxia y de hacer fructificar a Santo Tomás (26).

En el aspecto del *porvenir* de la filosofía de Sto. Tomás destaca, magnífico y programático, otro documento de Pablo VI, su Alocución al VI Congreso Tomístico Internacional del septiembre pasado. En ella el Papa, después de trazar el diagnóstico certero de los extravíos ideológicos actuales que conducen al ateísmo, exhorta a una confrontación de la filosofía contemporánea con la obra de Sto. Tomás, "porque esto mismo atestigua el permanente valor del pensamiento tomista", que sobrepasa el interés histórico de un pensador medieval y sobrevuela los siglos. La causa de ello estriba en que "la filosofía de Sto. Tomás posee una actitud permanente para guiar el espíritu humano hacia el conocimiento de la verdad", y "*transciende por ello la situación histórica particular del pensador que la ha estructurado e ilustrado como la metafísica natural de la inteligencia humana*". "Este valor permanente de la metafísica tomista explica la actitud de la Iglesia cerca de ella", y el que en los tiempos modernos en particular y "para mejor asegurar esta restauración de la inteligencia cristiana... los Pontífices Romanos han prescrito el estudio de Sto. Tomás declarado *Doctor Común* o *Doctor universal* de la Iglesia"...

Pablo VI cita a continuación textos propios y de Pío XII que hablan de esa eficacia perenne de la síntesis de Sto. Tomás para guiar "por los progresos nuevos de la teología y la filosofía. Siguiendo a este gran Papa, Nos responderemos a nuestra vez positivamente a

Leo XIII, *Deessor noster*, "doctrinas, velut dispersae cuiusdam corporis membra, in unum collegit et coagmentavit, miro ordine digessit, et magnis incrementis ita adauxit, ut catholicae Ecclesiae singulare praesidium et decus iure meritoque habeatur" (Enc. *Aeterni Patris*, 4-8-1879). Eximii autem huius magistri doctrina non domestica quadam et quasi umbratili exercitatione contineatur, sed vitali ratione aetatem etiam nostram attingat et fecundet; atque adeo, ut nosipsi quondam monuimus, "conferatur eum formis modisque philosophicis et inventis disciplinarum naturalium et anthropologicarum, quae iisdem hisce temporibus invaluerunt, ita ut conclusiones colligi possint, quibus hodiernae quaestiones spirituales et cultus ingenii propriae queant dissolvi" (cfr. Epist. ad eundem Mag. Gen. 7 Mart. 1964: *IAAS* 56 (1964) p. 303). El Concilio, *De institutione sacerdotali*, n. 16, cita otra recomendación aún más fuerte de Sto. Tomás, del discurso a la Gregoriana del 12-3-1964.

(26) *Acta Capituli Generalis Bogotae*, cit. Cap. V. *De studiis*, N. 299.

estas cuestiones, y es por lo que *Nos continuaremos recomendando la obra de Sto. Tomás como una norma segura para la enseñanza sagrada*", según las prescripciones de Pío XII y del Derecho Canónico. Pero con ello el Pontífice no intenta disminuir el valor de otros Doctores de Oriente y Occidente, como tampoco "la Iglesia al hacer de la doctrina de Sto. Tomás base de la enseñanza eclesiástica", no ha entendido excluir la diversidad de escuelas en la Iglesia ni la justa libertad en la investigación.

"En la hora en que el Concilio se apresta a dar directivas prácticas para los estudios eclesiásticos", el Pontífice exhorta "a mantener con el pensamiento de Sto. Tomás... un contacto vivificante y fecundo. Así mostraréis... que el tomismo, lejos de ser un sistema estérilmente cerrado en sí mismo, es capaz de aplicar sus principios, sus métodos y su espíritu a las tareas nuevas que la problemática de nuestro tiempo propone a la reflexión de los pensadores cristianos" (27).

No cabe exaltar con más fuerza y altura de razones el valor perenne de la filosofía de Sto. Tomás, su apertura a todos los progresos de la ciencia y cultura, y por lo tanto su eficacia siempre renovada y su *misión* en la Iglesia, no sólo como base de una teología escolástica, sino como *filosofía del porvenir* con valor en sí misma y al servicio de la verdad y de la ciencia.

Y todavía los pensamientos del Pontífice en este sentido se explayan más en el inmediato discurso a la "Fundación Canadiense" de Sto. Tomás que luego hemos de valorar.

Sin embargo, *la culminación de esta exaltación de Sto. Tomás por el Magisterio universal de la Iglesia está dada en el Concilio. Téngase en cuenta que se trata del gran Concilio de renovación pas-*

(27) PAULO VI, *Alocución a los participantes del VI Congreso Int. de la Academia de Sto. Tomás*, 10-9-1965: AAS 57 (1965) pp. 788-792. Subrayemos cómo en otra reciente Alocución en audiencia del miércoles, 12-1-1966, el Pontífice, recabando para su Magisterio supremo de la Iglesia la auténtica interpretación del Concilio, afirmaba enérgico: "Se equivoca quien piense que el Concilio representa un alejamiento, una ruptura, o como algunos creen: una liberación de las enseñanzas tradicionales de la Iglesia, o también que autorice y promueva un fácil conformismo con la mentalidad de nuestro tiempo, en lo que tiene de efímero y negativo y no de seguro y científico, o que conceda a cada uno la facultad de dar el valor y la expresión que cree a las verdades de fe... El Concilio abre muchos horizontes nuevos a los estudios bíblicos, teológicos y humanísticos, invita a la investigación y profundización de las ciencias religiosas, pero no priva al pensamiento cristiano de su rigor especulativo, ni permite que en la escuela filosófica, teológica y escriturística de la Iglesia entren el arbitrio, la incertidumbre, el servilismo y la desolación que caracterizan tantas formas del pensamiento moderno cuando carece de la asistencia del Magisterio eclesiástico".

toral, a la vez que ecumenista y abierto a las preocupaciones del mundo actual. Por lo tanto, no se puede pretender que profundice en los motivos teóricos y filosóficos, o que realice íntegramente la doctrina del Magisterio ordinario.

La tendencia y orientación, como es bien sabido, era soslayar en la posible problemas que dividen la Iglesia de las demás confesiones cristianas, o recordarles en un mínimo en caso necesario.

Por eso es tanto más de valorar la *sanción conciliar* que recibe Sto. Tomás y su doctrina —caso único entre todos los demás Doctores— en los Decretos sobre la enseñanza en la Iglesia.

En el Decreto *De Institutione sacerdotum*, conteniendo las normas directivas sobre la formación íntegra, espiritual, intelectual y humana, que debe darse a los que se preparan al sacerdocio, tanto del clero secular como del religioso, viniendo a la enseñanza de la filosofía se prescribe que "las disciplinas filosóficas han de ser con tal método enseñadas que los alumnos sean *ante todo* llevados a adquirir un sólido y coherente conocimiento del hombre, del mundo y de Dios, *fundados en el patrimonio filosófico de perenne validez*, y teniendo además en cuenta las investigaciones filosóficas subsiguientes, sobre todo las que mayor influjo ejercen en la propia nación, y los progresos de la ciencia actual de tal modo que los alumnos se preparen para entablar diálogo con los hombres de su tiempo": "Philosophicae disciplinae ita tradantur ut alumni imprimis ad solidam et cohaerentem hominis, mundi et Dei cognitionem adquirendam manuducantur, *innixi patrimonio philosophico perenniter valido*"... (*De institutione sacerdotum*, n. 15).

El texto sólo nombra la *perennis philosophia* que ha de constituir la formación de base, o el conocimiento filosófico sólido de los futuros sacerdotes, enriquecido además con todas las aportaciones modernas. Pero se refiere a la filosofía tradicional católica, y de un modo equivalente a la filosofía de Sto. Tomás, que reunió en un cuerpo de doctrina coherente todo este patrimonio de perenne valor. Consta ciertamente esto porque en la frase se remite al texto de la *Humani Generis*, ya antes expuesto, en que Pío XII hacía equivalentes la filosofía perenne con esa filosofía tradicional recibida en la Iglesia, y ambas con el sistema del Aquinatense. Así lo entendían también la *Relatio* correspondiente y el voto de más de 600 Padres pidiendo que expresamente se consignara la norma de enseñanza de la filosofía "*saltem secundum principia Sancti Thomae*".

Por otra parte el decreto consigna una diferencia fundamental entre esta formación sólida en la filosofía perenne y el resto de la información filosófica que los alumnos obtengan. Porque añade que la enseñanza de la historia de la filosofía no ha de ser meramente expositiva, una simple yuxtaposición de las ideas de los filósofos como si todos fueran de igual valor, y pudieran escogerse un sistema de pensar, según los gustos de moda, porque fuera más actual. Esta forma de historicismo, que con tanta frecuencia se usa, no conduce a la sólida formación filosófica, sino a un confucionismo de ideas. Los sistemas filosóficos han de ser de tal manera conocidos que en un examen crítico de los mismos se distinga lo que hay aceptable en ellos y se descubran las raíces de los errores: "Historia philosophiae ita tradatur ut alumni, dum variarum systematum principia recte attingunt, ea quae ibi probantur recte teneant, errorum radices detegere eosque refellere valeant" (*Decretum de institutione sacerdotum*, n. 15).

Esto no puede alcanzarse sin una sólida formación previa en los principios de aquella sana filosofía, que lleve las inteligencias a la reflexión personal, a un juicio crítico selectivo de la verdad y el error, con el rigor mental suficiente para aceptar aquella y rechazar los errores, por más apariencias de verdad que tengan y fuerza de seducción ejerzan. Y así se realiza este supremo criterio metodológico y meta del saber filosófico que señala finalmente el Concilio: educar a sus cultivadores en el puro amor de la verdad, en el ansia de indagación rigurosa de ella, de su demostración y defensa; reconocimiento honesto de los límites del conocimiento humano; preparación, por fin, de las almas a acoger la verdad superior de los misterios de salud (28).

La interpretación se confirma y aclara aún más con el texto siguiente, en que el Decreto conciliar prescribe ya de manera explícita el *Magisterio de Sto. Tomás* para la enseñanza de la teología sistemática. Después de exponer la función primera exegética y positiva de

(28) *Decretum de Institutione sacerdotum*, N. 15: "Historia philosophiae ita tradatur ut alumni, dum variorum systematum principia recte attingunt, ea quae ibi probantur recte teneant, errorum radices detegere eosque refellere valeant. In ipsa docendi ratione excitetur in alumnis amor veritatis rigoroze quae. rendae simul cum honesta agnitione limitum cognitionis humanae. Sedulo attendatur ad necessitudinem inter philosophiam et vera problemata vitae, necnon quaestiones quae alumnorum mentes movent; ipsi quoque adiuvantur ad perspicuendos nexus qui intercedunt inter argumenta philosophica et mysteria salutis quae in theologia superiori lumine fidei considerantur".

ésta en torno al estudio e interpretación de las fuentes reveladas, declara así su misión especulativa y explicativa: "Deinde ad mysteria salutis integre quantum fieri potest illustranda, ea ope speculationis, S. Thomas magistro, intimius penetrare eorumque nexum perspicere alumni discant" (*Decretum de institutione sacerdotum*, n. 16). El texto, en su concisión extrema, contiene sin embargo todo, pues la expresión, tomada de los textos de los Pontífices, equivalía en ellos al seguimiento de Sto. Tomás, a la aceptación de su enseñanza. La reflexión doctrinal, o explicación teológica de los misterios de fe, ha de hacerse mediante el Magisterio de Sto. Tomás, es decir, sus principios y enseñanza teológica, que los alumnos habrán de aprender.

El otro decreto conciliar es la *Declaratio de educatione christiana*. El Concilio entiende establecer en ella "ciertos principios fundamentales sobre la educación cristiana, sobre todo en las escuelas" (*Proemio*), es decir, normas directivas válidas para todos los centros de enseñanza católicos.

En el Número 10 se exponen las normas para los Centros Superiores de enseñanza dependientes de la Iglesia, Universidades y Facultades Católicas. El texto declara: "In iis quae ab ipsa dependent, organica ratione intendit ut singulae disciplinae propriis principiis, propria methodo atque propria inquisitionis scientificae libertate ita excolantur, ut profundior in dies earum intelligentia obtineatur, novis progredientis aetatis quaestionibus et investigationibus accuratissime consideratis, altius perspiciatur quomodo fides et ratio in unum verum conspirent, *Ecclesiae Doctorum, praesertim Sti. Thomae, vestigia premendo*. Ita quidem veluti publica, stabilis atque universalis praesentia efficiatur mentis christianae in toto culturae altioris promovendae studio" (*Declaratio de Educatione christiana*, n. 10).

Habla el texto de las disciplinas superiores de la cultura humana; en ellas se entiende el saber filosófico principalmente, que es ápice de toda cultura, en sus múltiples ramificaciones. El estudio y enseñanza de estas disciplinas de superior cultura y filosofía ha de ajustarse sin duda a sus propios métodos y leyes internas, a la propia libertad de investigación científica, llevada con suma diligencia, cual exige el progreso actual. Pero tal cultura cristiana ha de atender, como principio de dirección superior, a establecer la armonía entre la fe y la razón, la verdad sobrenatural y natural. Es decir, se exige

una filosofía coherente con la revelación. Es la que ha de beberse o adquirirse en *las fuentes de los Doctores de la Iglesia, principalmente de Sto. Tomás*.

Se ha llegado así a una fórmula general y mínima, pues las tensiones conciliares eran aquí más fuertes, tratándose del ámbito general de la cultura cristiana. Pero es cierto que se declara con ella, aunque en forma tan velada, la enseñanza de la filosofía "saltem secundum principia S. Thomae", como lo pedía el voto de numerosos Padres que aquí se hizo más insistente y alcanzó casi el número de mil.

Sto. Tomás ocupa un puesto único entre los Doctores de la Iglesia, como reflejo fiel y exponente máximo de la filosofía cristiana. Aunque no excluya a los demás Doctores, antes bien hay entre ellos armonía en lo substancial. Y ese seguimiento de Sto. Tomás implica al menos la formación en sus principios, la adhesión a ellos, que orienta ya e impone el resto de la doctrina. Tal es lo que se desprende de la *Relatio* al interpretar el texto y exponer las enmiendas. Y toda duda se excluye además por la referencia expresa del texto a la Alocución de Pablo VI al VI Congreso Tomístico, comentario, como vimos, tan auténtico, en versión modernizada, del secular Magisterio pontificio acerca de Sto. Tomás.

Después de este prolijo examen de textos, podemos hablar ya con confianza del *tomismo como filosofía cristiana del porvenir*.

Por primera vez Sto. Tomás, después de más de cien documentos de aprobación y recomendación de los Papas, ha recibido la sanción normativa de un Concilio General como Maestro en teología y filosofía de la Iglesia universal. Esta mención ha sido además única entre todos los Doctores, sin excluir el valor y puesto relevante de cuantos han sido aprobados. El hecho lleva en sí consecuencias muy importantes que es preciso destacar.

El Concilio, lo mismo que Pablo VI, el Papa del Concilio y del período postconciliar, de quien ha de emanar la interpretación viva y auténtica de aquél, junto con el impulso y vigilancia para la ejecución de sus reformas, han legislado y promulgado orientaciones para la Iglesia del *futuro*, para una Iglesia que se apresta a renovar sus fuerzas y resurgir con vigor de la crisis actual para hacer frente al mundo del porvenir. Y el Concilio y más ampliamente Pablo VI han ratificado el Magisterio universal que la Iglesia había

otorgado a Sto. Tomás en el campo de la teología y de la filosofía. Bien podemos pues deducir que el tomismo representa la filosofía cristiana del porvenir.

Sin duda este argumento de autoridad es suficiente para asegurar un porvenir decisivo al tomismo, no para cantar el *Requiem aeternam* del mismo, como algunos creyeron. Pero queremos destacar muy succinctamente los títulos que presenta dicha filosofía tomista para asegurarse un porvenir en la Iglesia y en el mundo, y las características que deberá tener su desenvolvimiento futuro. Todos ellos se encuentran indicados en los documentos de los Pontífices, repetidos con frecuencia por los autores y recogidos en la Alocución de Pablo VI al Congreso Tomista. Nosotros nos apoyamos además en la obra más reciente sobre el enjuiciamiento del panorama filosófico actual y a la vez de más sincera recomendación del tomismo: *La Philosophie à l'heure du Concile*, escrita por dos filósofos polacos laicos, J. Kalinowski y S. Swiezawski (29). Dichos jóvenes autores escriben su obra dialogada, ante la preocupación que sienten de que el Concilio pueda silenciar o postergar el patrimonio filosófico y el magisterio de Sto. Tomás, para recomendar a la Iglesia y al mundo la necesidad de la filosofía tomista. Tanto mayor valor tiene el testimonio de ambos que, conociendo los problemas de la filosofía actual (Kalinowski enseña y escribe de filosofía en Francia; Swiezawski auditor del Concilio la enseña tras el telón de acero), se declaran tan fervientes defensores del tomismo apelando sobre todo a los grandes filósofos seculares, Gilson y Maritain. Veamos con ellos estos grandes títulos de la perennidad renovada del tomismo.

a) La filosofía perenne y de Sto. Tomás, aporta a la Iglesia la base indispensable y segura para construir su teología. Es lo que han afirmado siempre los documentos Pontificios; la admirable armonía del sistema tomista con la revelación divina, su eficacia maravillosa para preparar los espíritus a la acogida de la fe, al conocimiento y explicación de los misterios sobrenaturales.

Ello se funda en que la fe divina supone un espíritu capaz de captar las nociones inteligibles sobre el ser de las cosas y sobre todo de Dios, de percibir la verdad absoluta. Y sólo el realismo intelligen-

(29) JERZY KALINOWSKI ET STEFAN SWIEZAWSKI, *La Philosophie à l'heure du Concile*, (Paris, Société d'Éditions Internationales 1965).

ble y espiritualista de la metafísica tomista, que conduce a percibir el contenido inteligible o esencia íntima de las cosas suministrado en los datos de la experiencia sensible, a trascender estos fenómenos sensibles para obtener, por depuración abstractiva y analógica, las nociones y principios superiores del ser, proporciona una base cierta de conocimiento analógico de Dios y de las verdades divinas.

Por eso, esta filosofía tomista del ser o "metafísica natural de la inteligencia humana", suministra a la teología la demostración cierta de los preámbulos de la fe, o fundamentos del conocimiento de Dios y de la moral y religión naturales, y le proporciona después la base indestructible de la analogía para el conocimiento imperfecto, pero objetivo y cierto, de las verdades divinas, de la penetración e ilustración racional de los misterios. Dicha filosofía clásica, que mantuvo en el pasado la unión indisoluble con la teología y su florecimiento, por igual razón la ha de mantener en el futuro. El porvenir pues de ambas ha de marchar conjunto.

Los citados autores mantienen con vigor esto mismo, explicando que *la aportación más esencial de la filosofía a la Iglesia consiste en hacerle posible la elaboración de la forma más alta e importante de la teología, a saber la teología contemplativa*. La naturaleza debe acoger con sus mejores medios lo sobrenatural. La contemplación de la verdad revelada apela pues al concurso de lo que hay más perfecto en ella. Y no basta que las ciencias particulares sean un instrumento precioso de la teología, que le permitan la ilustración histórica de los textos sagrados. La teología positiva, aún perfeccionada, no puede jamás alcanzar el nivel de esta teología más alta, que es la teología especulativa o contemplativa.

La suma de todos los resultados obtenidos por las diferentes ramas de la teología positiva no puede reemplazar esa teología contemplativa o sabiduría superior, cuyo instrumento por excelencia es la filosofía. Por eso sin la filosofía la vida intelectual de la Iglesia desciende y la comprensión del dogma se anemia.

b) La filosofía perenne y de Sto. Tomás ha de ser un *factor poderoso de la renovación de la Iglesia*. Los filósofos citados la llaman filosofía del *aggiornamento*, una de las condiciones indispensables de esa renovación que el Concilio propugna.

Y ello porque este renovamiento ha de ser ante todo interior, de los elementos esenciales de la vida cristiana. Y la reflexión filosófica alta, como substrato de la contemplación teológica y cristiana,

permite una *profundización* e intensificación de la vida cristiana. Todo cristiano es teólogo, como todo hombre es filósofo. La reflexión filosófica debe servir al cristiano ese bagaje de estructuras racionales superiores a través de la teología. Un alejamiento de los laicos y eclesiásticos de estas fuentes elevadas de la reflexión filosófica arrastraría consigo un empobrecimiento de la teología y de toda la vida cristiana.

Por otra parte, una fase importante de este *aggiornamento* cristiano es su fuerza para combatir y contrarrestar el ateísmo reinante, o la influencia del materialismo, no menos extendido y virulento en Occidente que en Oriente; por doquier los hombres se vuelven hacia la ciencia y la técnica, y no saben ya filosofar ni contemplar. Sólo pues la filosofía perenne, espiritualista, capaz de ennoblecer el hombre y la cultura, de elevar sus preocupaciones a ideales superiores, podrán ofrecer sólido alimento ideológico para arrancar las mentalidades actuales de la seducción del mero progreso material.

Por otra parte, es difícil imaginar el *aggiornamento* de la Iglesia y espíritu cristiano sin una renovación de la teología. Mas los esfuerzos solos dentro de la línea de la teología positiva y pastoral serán insuficientes. La teología auténtica no podrá desenvolverse y vivir sin el retorno también a las raíces vivificantes de la reflexión filosófica. La unión íntima de la filosofía del ser con la teología es indispensable.

c) Los dos filósofos citados sostienen con razón que *una auténtica filosofía tomista, lejos de ser obstáculo, podrá hacer un servicio importante en los actuales movimientos ecumenistas* de la Iglesia del Concilio.

Esto parece más obvio en el camino de reconciliación de las Iglesias de Oriente con la de Occidente. La filosofía puede jugar en ello una misión de acercamiento muy grande. El pensamiento cristiano de Oriente se halla más próximo a la filosofía contemplativa y espiritual del Occidente cristiano, menos seducido por el culto excesivo de la ciencia y de la técnica con su apego al materialismo, por el espíritu criticista, subjetivista y escéptico, características de la mentalidad occidental contemporánea. El mismo S. Tomás, ¿no asumió tan ampliamente los elementos de su construcción filosófica de las mejores fuentes de la filosofía de Grecia y Oriente, tanto pagana o natural como cristiana?

Existe pues una gran afinidad entre este espíritu contemplativo del Oriente cristiano y la filosofía de Sto. Tomás o de la contemplación natural del ser; y más aún entre sus teologías. Ello puede significar un gran puente para salvar distancias espirituales y allanar barreras en ciertos puntos dogmáticos, esfuerzos previos a la unión de las Iglesias orientales con la Iglesia romana.

Pero además el cultivo de esta sabiduría filosófica aparece *como factor muy importante del ecumenismo universal* al cual llama el Concilio; es decir, respecto a las Confesiones cristianas reformadas y las religiones no cristianas. Existe, sí, un difícil obstáculo que salvar respecto de los cristianos de la Reforma, desde que Lutero y Calvino declararon guerra abierta a la filosofía escolástica (confundida por ellos con el nominalismo decadente) y la declararon sin valor y aún opuesta a la fe cristiana. Desde entonces la Reforma alimentó gran aversión a la filosofía de Sto. Tomás.

Pero la inteligencia reclama siempre sus innatos derechos de racional reflexión y comprensión inteligible de la verdad revelada. Y se ha vengado en los teólogos protestantes quienes, no obstante su apelación a la *sola Scriptura* y *sola fides*, han introducido escandalosamente las más variadas y hasta contrapuestas filosofías profanas en la interpretación del texto bíblico.

Y con mayor escándalo aún amplios sectores de la teología protestante actual se inspiran para sus elucubraciones en sistemas filosóficos que niegan las bases mismas de la creencia en Dios. De ahí sólo resulta un precario cristianismo, irracionalista y fideísta, que se seculariza cada vez más pactando con el mundo, y sólo por milagro de Dios se salva de incidir en plena incredulidad.

Se impone, pues, un amplio diálogo previo sobre el terreno filosófico, una enseñanza de la filosofía basada en los principios del realismo tomista para deshacer prejuicios seculares, las barreras de los "ghettos" filosóficos que han surgido hablando cada uno su propia jerga ininteligible al exterior, y sentar las bases de un entendimiento teológico sobre las nociones y principios de la común inteligencia humana, representada por el tomismo, como fase preparativa a la unión de los cristianos.

Pero, aún más, la filosofía perenne puede ser impulsadora del *ecumenismo universal*, con las religiones no cristianas o los grupos irreligiosos, porque ella puede sentar las bases de un dialogar fecundo del cristianismo con ellas. Así, el realismo metafísico de la filo-

sofía tomista del ser tiene más afinidad que ninguna otra ideología occidental con el espiritualismo indú, con la trascendencia del Dios monoteísta de la religión árabe y puede contribuir, con una labor de esclarecimiento racional, a disolver la nebulosidad panteísta del espíritu oriental, el sensualismo y fatalismo de los pueblos árabes, preparando el camino, por una mútua comprensión espiritual, al mensaje evangélico. Y más aún esta filosofía perenne, cuando tan altamente establece y clarifica los fundamentos del orden moral natural, los principios de la fraternidad y comunidad universal de los hombres, sienta las bases de un ecumenismo más vasto que se extiende a la humanidad entera.

d) Subrayemos, por fin, en esta misma línea, otro gran título de valor imperecedero y del porvenir esperanzado de la filosofía de Sto. Tomás. *Ella constituye uno de los factores más importantes de la cultura, de la humanización del hombre y de la sociedad, del progreso en el mundo y en la Iglesia*, explican con razón nuestros jóvenes tomistas polacos.

Se trata sin duda de *la cultura auténtica* y completa, la que contribuye a la formación del hombre pleno y perfecto, a la expansión de todas sus virtualidades, y facultades de conocimiento, de amor y de acción, la que le hace plenamente hombre. En ella la filosofía ocupa un lugar preponderante y hasta culminante, porque la cultura es ante todo desarrollo del espíritu y sus facultades de entendimiento y de voluntad por el conocimiento y el amor, por la educación de las mismas para la contemplación de la verdad y el dominio de sí y sus pasiones para dirigirse al amor de los verdaderos bienes.

Pero una mala filosofía, fundada en errores y desorientación básica, no puede ser factor de progreso cultural ni animar una auténtica cultura. De ahí vienen los tipos de cultura que deforman el ideal del hombre y lo deshumanizan, impidiéndole conseguir su perfección propia. El mundo contemporáneo es en una amplia medida presa de estos tipos de cultura deformados por pseudo-filosofías. De una parte, el *homo faber* reemplaza casi enteramente al *homo sapiens*: y la cultura es identificada cada vez más con la producción y disfrute de los bienes exteriores, cuyo valor y refinamiento aumentan sin cesar. De otra parte, el hombre, sobre todo occidental, sufre un gran extravío y crisis por influjo de pseudo-filosofías que lo deshumanizan encerrándole y replegándole sobre sí mismo. El malestar más profundo del hombre contemporáneo parece ser el *escepticismo*, que le hace

incapaz de entregarse a la contemplación del ser, creer en algo que sobrepase la experiencia de los sentidos y prestar su adhesión a los valores absolutos. Este fuerte sello escéptico y subjetivista es el signo trágico de carencia de honda capacidad de reflexión auténticamente metafísica.

Se impone una reedificación ante todo filosófica, que devuelva al hombre su capacidad espiritual para la captación de los verdaderos valores inteligibles, que le humanicen y le hagan encontrarse a sí mismo, porque el primer producto de la cultura es el hombre mismo. Tal debe ser misión de la *perennis philosophia* como metafísica del ser y verdadera *sabiduría*, teórica a la vez que práctica, que devuelva al hombre moderno su capacidad de reflexión en la esfera superior del ser, su fe confiada en las realidades suprasensibles de orden ontológico y moral.

Tal labor de reflexión filosófica superior a la vez que de auténtica humanización del hombre o por desarrollo en profundidad de su cultura, es al mismo tiempo lo que debe llevar a las masas ateas o agnósticas del mundo actual al reconocimiento racional de Dios y de los valores religiosos, y proporcionar así lo que la teología llama *preámbulos filosóficos a la fe*. Misión ecumenista y preevangélica sublime que el *porvenir* tiene reservado a una formación en la *philosophia perennis*, máxime bebida en las puras fuentes de las obras de Sto. Tomás.

Por otra parte, la filosofía tomista, para ser fiel a esta su grave misión del porvenir, ha de acentuar hoy más que nunca ciertas *características* o propiedades internas que le confieren una tan grande aptitud para ello. Enumeremos finalmente algunos de estos principales rasgos:

1) *La filosofía tomista ha de ser abierta a todos los progresos legítimos del pensamiento humano de toda época, ideológicos, científicos, técnicos y culturales.*

Lo hemos visto afirmado repetidas veces por los Pontífices, y con más insistencia por Pablo VI. Los principios y nociones supremas, las verdades ciertas e inmutables integradas en el sistema de Aquinate, por reflejar las esencias de las cosas, trascienden a todo tiempo y no son menos válidos para los hombres de hoy. La metafísica del ser que forma el núcleo de la filosofía aquiniana, es decir, su visión del *ser existencial*, sin duda en toda su generalidad, pero con-

teniendo en la amplitud analógica del mismo todos los aspectos y zonas parciales de los seres reales, no de entelequias imaginarias, posee una actitud permanente para guiar el espíritu humano al conocimiento de toda verdad y de todo ser parcial (30). Y los principios superiores calcados sobre esta visión íntima y realista de las cosas que es su ser inteligible, no podrán sino iluminar y fecundar el espíritu humano en la búsqueda e investigación de cualesquiera aspectos particulares de la realidad.

Sto. Tomás llama siempre a estos principios superiores de la filosofía del ser una luz inteligible, la luz de los primeros principios y evidencias del entendimiento humano, de la cual deriva primeramente la luz de toda verdad, en todos los procesos demostrativos de la razón y aplicaciones concretas al conocimiento experimental de los seres. Por lo cual no podrá esta visión de la sabiduría superior, iluminadora del ser íntimo de las cosas, ser obstáculo a cualquier otro esfuerzo de progreso científico de indagación de la verdad en los diversos campos del saber humano. Una verdad nunca es opuesta a otra verdad, sino que se ha de armonizar con ella. Todos los aspectos parciales de la visión realista de los seres se complementan.

Por eso Pablo VI insistía últimamente en su discurso a la Fundación Canadiense de Sto. Tomás del 10 de octubre: "El sistema tomista se recomienda ya a la atención del hombre moderno por sus méritos pedagógicos, especulativos y espirituales. Mas el Magisterio de la Iglesia lo presenta además como una norma segura para la enseñanza de las ciencias sagradas. *No se ha de temer por tanto que esta fidelidad a Sto. Tomás cierre los ojos sobre el progreso del pensamiento especialmente en el dominio científico.* Vosotros lo sabéis, señores, la frecuentación de Sto. Tomás, lejos de llevar al exclusivismo, al formalismo, a la abstracción, da una formación sólida y apropiada al arte de pensar, de apreciar también y comprender todas las manifestaciones del espíritu humano. Tal es la fidelidad inteligente que apela a un tan gran maestro" (31).

(30) PAULO VI, *Alocución a los participantes del VI Congreso Int. de la Acad. de Sto. Tomás*, 10-9-1965: AAS 57 (1965) p. 790; *Carta al Revdmo. Padre Aniceto Fernández, Maestro Gen. Ord. Pr.*: AAS 56 (1964) p. 303.

(31) PAULO VI, *Discurso a los miembros de la Fundación Canadiense de Sto. Tomás de Aquino*, *Osservatore Romano*, 10-10-1965: "La vérité et la sagesse dont S. Thomas fut et demeure un maître exemplaire, comme nous avions tout récemment encore, l'occasion de rappeler au Congrès Thomiste International. Par sa grandeur, l'oeuvre de l'Aquinat mérité le respect de tous et appelle

No se puede subrayar mejor cómo la sólida formación en los principios, métodos y doctrina de la filosofía tomista del ser proporcione la actitud abierta y comprensiva a todo sano progreso del saber humano.

2) *La filosofía perenne y tomista debe actualizarse constantemente.* Sólo así puede hallarse a la altura para cumplir sus grandes y eternas tareas en cada época.

Actualización supone renovación constante de elementos y formas, conservando toda la substancia, propiedades y características de un ser o sistema. Porque los seres vivos están sujetos a esta ley de renovación; de lo contrario languidecen y mueren. Así el tomismo, como sistema vivo de verdades, está sujeto, no obstante la perennidad eterna de todos sus elementos, a esta ley de mutación renovadora y progresiva.

Esta acción renovadora no siempre se ha hecho por sus seguidores con prontitud y eficacia. Como dice certeramente el Pontífice en su Alocución al Congreso Tomista, "en el curso de los siglos, el tomismo ha conocido, como todo sistema entrado en una tradición escolar, los peligros de la esclerosis y vanas sutilidades así como los inconvenientes del revestimiento escolástico. Mas lejos de caer en una decadencia inevitable, la obra de Sto. Tomás no ha cesado de suscitar el interés de los grandes espíritus, y la formación de grandes escuelas, mientras la Iglesia le prodiga su aprobación y sostén" (32).

Dicha actualización renovadora ha de ser hecha por el esfuerzo común de los discípulos tomistas. Y ya Pío XII en la *Humani Generis* señalaba las líneas principales en que ha de llevarse y sus

l'étude attentive, aussi bien d'elle même que de la tradition de pensée qui s'y enracine. Et cette tradition de pensée, loin d'être périmée, a encore une mission à exercer de nos jours, dans les études philosophiques et théologiques au sein de l'Eglise. Le système thomiste se recommande déjà à l'attention de l'homme moderne par ses mérites pédagogiques, spéculatifs et spirituels. Mais l'Eglise catholique le présente de plus comme une norme sûre pour l'enseignement des sciences sacrées.

Il ne faut pas craindre pour autant que cette fidélité à S. Thomas ferme les yeux sur le progrès de la pensée, spécialement dans le domaine scientifique. Vous le savez, Messieurs, par expérience, la fréquentation de S. Thomas, loin de porter à l'exclusivisme, au formalisme, à l'abstraction, donne une formation solide et appropriée à l'art de penser, d'apprécier aussi et de comprendre toutes les autres manifestations de l'esprit humain. C'est la fidélité intelligente qui appelle un tel maître".

(32) PAULO VI, *Alocución a los participantes del VI Congreso Int. de la A. de S. Tomás*: AAS 57 (1965) p. 790.

límites. *Primeramente* en cuanto a su proposición exterior, se puede y debe revestir el tomismo, máxime para su difusión en amplios círculos de cultura, de nuevo y más brillante lenguaje literario adaptado a los tiempos, enriquecerlo de nuevos términos y modos de expresión filosófica, depurarlo de tecnicismos escolares menos aptos; la filosofía perenne puede recibir así variadas formas de presentación, sea en modos más escolásticos y de estrioto tecnicismo, sea para su vulgarización en las distintas lenguas, o ya incluso para su asimilación en las diversas culturas (33).

La segunda línea de renovación es interna. El tomismo ha de ser asimilado en el espíritu de cada filósofo por propia reflexión, por nueva penetración de sus fundamentos, visión íntima de sus grandes evidencias, convicción argumentativa de sus verdades. Es decir, el tomismo debe ser *repensado* por cada uno de los tomistas y convertido así en sustancia de su propio pensamiento. Un sistema de filosofía repetido de manera rutinaria y memorística degenera en mera escolástica de tal filósofo. Sólo cuando vuelva a ser repensado por personal reflexión adquiere el vigor de pensamiento propio, con el que es posible confrontar otras ideas y resolver los problemas que se plantean.

Los límites impuestos a dicha actualización son también indicados en el mencionado texto de la *Humani Generis*: Los elementos y perspectivas nuevas no deben destruir el sistema mismo, los valores o conceptos permanentes de la filosofía perenne, ni contaminarla con falsos principios. Todo desarrollo y renovación de la misma debe hacerse en línea homogénea, sin violentar su sentido y significación esencial; *in eodem sensu et in eadem sententia*.

A este propósito los referidos filósofos Kalinowski y Swiezawski critican duramente el "neotomismo" de muchos autores cristianos. Poseídos de un cierto complejo de inferioridad frente al mundo actual y seducidos por el falso principio de la temporalidad, se adhieren a lo moderno en cuanto tal, a todo lo que atrae por su novedad y originalidad, perdiendo el gusto de la verdad filosófica no menos que cuando se abandona al pasado. Estos tomistas adoptan las posiciones de los filósofos de moda, juzgando inactual y rebasado repetir las ideas de un filósofo antiguo. "En lugar de adoptar como criterio la verdad, es decir la adecuación del juicio a la realidad, utili-

(33) Enc. *Humani Generis*: AAS 42 (1950) p. 572.

zan un criterio cronológico. Será filosóficamente malo lo que es antiguo, y bueno lo que es reciente. Sin embargo, las categorías de lo "antiguo" y "moderno" no son categorías ni filosóficas ni estéticas. Una obra de arte no es buena ni mala porque es antigua o moderna; ni una idea filosófica es buena o mala por ser de un pensador pasado o contemporáneo" (34).

Por eso este neotomismo de "nueva ola", de quienes interpretan a Sto. Tomás por algún filósofo en boga, cae en el mismo error de historicismo que a otros acusan; pues tratando de repetir un filósofo antiguo lo reemplazan por el ídolo del día, sin reflexión personal sobre el ser, abandonando la verdad filosófica y la filosofía auténtica. Mañana el sistema de ideas que con entusiasmo acogieron habrá pasado, y perdido por tanto su valor y su verdad.

3) *La filosofía perenne y tomista deberá ser integradora* de todas las parcelas de verdad que se encuentren en los demás sistemas y corrientes de pensamiento.

Tal capacidad de integración y de asimilación del tomismo es consecuencia de su misma *apertura al ser*, a los principios y causas que rigen la realidad existencial. La amplitud de las líneas generales del sistema tomista es, según dijimos, tan universal, que deja abierta ante la mente la riqueza infinita de su objeto, el ser, en toda su diversidad y multiplicidad analógica.

Dicho principio o tendencia de integración es ley interna de la auténtica y perenne filosofía, que por ser la sabiduría tiende a iluminar desde sus principios supremos toda verdad parcial, a deducir todas sus consecuencias y derivar todas sus aplicaciones particulares. Y era recomendado por la *Humani Generis* como remedio para evitar el pluralismo filosófico, el relativismo que acepta todas las nuevas ideologías como igualmente verdaderas. Al contrario, recalca la Encíclica, "el filósofo cristiano no acepte precipitado y ligero todo lo nuevo que cada día es excogitado, sino después de haberlo exami-

(34) J. KALINOWSKI ET S. SWIEZAWSKI, *La Philosophie à l'heure du Concile*, p. 102, 154 ss. Los citados autores terminan así su obra de enérgica recomendación de Sto. Tomás, p. 171: "C'est pourquoi l'Eglise devrait rappeler, non seulement aux chrétiens, mais au monde entier, que le salut de la culture humaine dans sa totalité consiste à ne jamais perdre de vue l'importance de la sagesse métaphysique, de la philosophie de l'être et partant de l'oeuvre de S. Thomas, ce dernier grand métaphysicien de l'humanité qui nous a laissés de la contemplation de l'être un si admirable exemple".

nado a fondo, para que no destruya o vicie la verdad adquirida". De igual suerte el texto antes señalado del Decreto conciliar mandaba igual difícil regla de integración selectiva en el estudio histórico de los sistemas de filosofía, es decir, "que se ha de aprobar y asumir, después de su exacto conocimiento, lo que hay de recto en ellos y descubrir y repudiar las raíces de los errores" (35).

Por eso la realización de este principio integrador equivale al anterior proceso de *actualización renovadora*, a ese delicado y siempre tan difícil arte evangélico del *vetera novis augere*, y por lo mismo al *desarrollo y evolución* de un sistema viviente. Es por lo que también Pablo VI insta a los tomistas a un contacto sostenido con el pensamiento del Angélico para dar ejemplo de que "el tomismo, lejos de ser un sistema estérilmente cerrado sobre sí mismo, es capaz de aplicar con éxito los principios, sus métodos y su espíritu a las tareas nuevas que la problemática de nuestro tiempo propone a la reflexión de los pensadores cristianos" (36).

Estas palabras marcan la *línea más amplia* del desarrollo del tomismo del porvenir: la constante confrontación de sus principios e inspiradoras doctrinas a la solución de los nuevos problemas de toda índole espiritual que cada tiempo nuevo plantea al hombre. Mas no es esa la única línea de evolución del tomismo, sino que en él la investigación filosófica ha de expandirse en numerosas direcciones; entre otras, la que también Pablo VI señalaba de buscar e indagar de continuo "en la tradición de pensamiento en que el tomismo se enraíza" (37), es decir, el retorno al estudio histórico de las fuentes; además la labor de desarrollo en profundidad o el constante repensar, por reflexión personal, en la alta especulación y contemplación de sus verdades; el desarrollo homogéneo o derivación racional de nuevas conclusiones y verdades, la defensa crítica de sus principios, discernimiento de sus doctrinas de otros errores y filosofías, etc., etc.

De todos estos modos de integración ha dado un preclaro ejemplo el mismo Santo Doctor. Santo Tomás ha sido saludado con razón como el gran *integrador*. El no inventó la filosofía perenne, que remansa la sabiduría de los siglos. Pero él, como repiten los tex-

(35) Enc. *Humani Generis*, *ibid.* p. 572; *Conc. Vatic. II, Decretum de Institutione sacerdotum*, N. 15.

(36) PAULO VI, *Aloc. al VI C. Int. de la Acad. de S. Tomás*: AAS 57 (1965) p. 792.

(37) PAULO VI, *Discurso a la Fundación Canadiense de S. Tomás*, texto en nota 31.

tos pontificios, la estructuró en un sistema orgánico, recogiendo, depurados de sus errores, todos los elementos de verdad dispersos en las fuentes de la filosofía antigua y de los Doctores cristianos, añadiendo de propio ingenio otras innumerables verdades, y realizando así la admirable síntesis que ha legado a la Iglesia y a los siglos.

Por esto, casi no es posible separar en el tomismo la ejemplaridad del Maestro del contenido de doctrina que enseñó. El Magisterio de Sto. Tomás abarca ambas cosas: la doctrina del maestro y su actitud y método magisterial de investigación integradora que ha quedado como *modelo* para los siglos siguientes.

El Aquinate continúa pues como *guía* en la labor que sus discípulos deben hacer respecto de todos los nuevos sistemas de pensamiento que siempre hayan de surgir. En todos ellos hay nuevas conquistas, nuevos aspectos de verdad que es preciso asumir e integrar en el acervo de la filosofía perenne. Los sistemas más alejados de la verdad cristiana, como el existencialismo, la fenomenología, el neopositivismo, el freudismo, etc., contienen análisis preciosos sobre la condición de la existencia humana, datos de experiencia, reflexiones innumerables sobre los fenómenos del mundo, cuya verdad parcial es preciso aceptar y recoger.

El error está en disociar ambos aspectos del Magisterio de Santo Tomás. Sobre todo, como hacen muchos neotomistas, en aceptar a Sto. Tomás como un modelo lejano de labor y método filosófico y el desconocer o rehazar y hasta despremiar su doctrina, adoptando cualquier filosofía de moda, con la vana pretensión de cristianizarla como Sto. Tomás bautizó el aritotelismo... craso e hipócrita error, que no conserva de tomismo sino el nombre y una falsa apariencia...

4) *La filosofía perenne y tomista ha de mantener una justa libertad y respeto a las demás opiniones de libre discusión.*

Dicha libertad constituye una ley interna de la filosofía auténtica. A la investigación filosófica es por naturaleza ajena una imposición autoritaria exterior. El indagar filosófico, como la sabiduría, sólo acepta las leyes internas del pensamiento y la dócil sumisión a la verdad. El argumento de autoridad en filosofía es debilísimo, repudia Sto. Tomás.

Sin duda, en la actual situación existencial del hombre, debido a la debilidad del entendimiento oscurecido por el pecado original, ha sido dado un apoyo de autoridad a nuestra débil razón, tan propen-

sa a toda clase de errores. Pero es al fin el apoyo y vinculación exterior de la verdad revelada, de la autoridad divina y la sabia dirección del Magisterio eclesiástico, que no violenta la libertad del pensamiento, sino lo robustece, ilumina y guía desde una instancia superior en su difícil camino hacia la verdad.

Ni es necesario añadir cómo los Pontífices, al recomendar y hacer propio el tomismo como filosofía de la Iglesia, han insistido de mil modos en esta justa libertad. Pablo VI ha vuelto a encarecer y declarar esta libertad, recogiendo palabras de Pío XII: la aceptación de la doctrina del Aquinate "como base de la enseñanza de la Iglesia, no implica hacerle Doctor exclusivo, ni desconocer la herencia preciosa de todos los Doctores y pensadores cristianos, ni excluir la legítima libertad de escuelas y de sistemas ni menos eliminar la justa libertad de investigación". Y el Concilio proclamaba también esta libertad de investigación de cada una de las ramas del saber, que siguen sólo sus leyes y sus propios métodos (38).

Sto. Tomás dio asimismo bien preclaros ejemplos de esta libertad e independencia de criterio en su tiempo. Su docilidad de espíritu era sólo respecto de la verdad, divina o humana, no frente a las opiniones de los demás. Los dogmatismos y ruidosas controversias se han manifestado sobre todo en posteriores manifestaciones de la Escolástica, por excesivo apego a opiniones o maestros particulares, por puro afán a veces de discusión partidista.

Pero en esta era del Concilio se ha de acentuar más dicha libertad en materias opinables, en tantos problemas en que hay campo tan amplio de libre discusión. En nuestro tiempo de Ecumenismo con mayor razón dentro de las escuelas católicas se ha de insistir más en lo que a todos une, que en lo que separa. La insistencia en simples opiniones de escuela, las agrias discusiones de antaño sobre cuestiones sutiles o nunca del todo clarificadas, se hacen inútiles y van desapareciendo.

No es que consideremos de igual valor de solidez y verdad las distintas tendencias e interpretaciones de Sto. Tomás, dadas por los maestros en tantos siglos de Escolástica. Siguen sin duda en pie las admoniciones dadas por los Pontífices de no separarse nada de la doctrina del común Maestro ni de la segura interpretación del mismo

(38) PAULO VI, *Aloc. al VI Congreso Int. de la Acad. de S. Tomás*, *ibid.* p. 791; *Conc. Vatc. II, Declaratio de Educatione christiana*, N. 10.

dada por sus auténticos discípulos. Así León XIII cuando decía: "Cuanto más estrecha sea la adhesión a Tomás, tanto más sólida será la doctrina" (39). O cuando Pío X advertía que "separarse del Aquinate, por poco que sea, sobre todo en materia de metafísica no es sin gran perjuicio y gran peligro". Y que "la doctrina de algún Santo o autor... en tanto debe entenderse aprobada y recomendada en cuanto está de acuerdo con los principios del Angélico o, por lo menos en cuanto que no se opone de ningún modo" (40).

Pero en esta época de tanta confusión ideológica, en que se discuten o niegan los principios fundamentales y el valor mismo de esa *perenne filosofía*, todo se relativiza y se atenta a los dogmas cristianos, hora es más bien de unirse todos cuantos profesan dichos principios del tomismo en las varias escuelas católicas y de formar un frente común para clarificar la mentalidad actual y apoyar con decisión los principios inconcusos del realismo y espiritualismo cristianos, reflejados en la metafísica tomista del ser, dejando a un lado disensiones internas y antiguas controversias sobre temas menos candentes.

Es pues urgente la necesidad de una unión y colaboración mayor entre los distintos grupos de estudiosos de una sana filosofía católica en un frente común para rebatir los errores y ambigüedades destructivos de la misma. La docilidad al Magisterio de la Iglesia y la adhesión a la doctrina del común Maestro han de garantizar la unidad *en lo necesario*, respetando las legítimas libertades en la indagación y presentación, en variedad de ropajes modernos, de la verdad filosófica.

Después de todo lo expuesto, emerge con toda su fuerza la ardua y urgente misión que tienen delante de sí los cultivadores de una auténtica filosofía cristiana y tomista.

Hoy más que nunca se hace necesaria esta formación filosófica para la sana orientación del pensamiento en la Iglesia, para la defensa de su teología, y, por ende, de sus dogmas, para la lucha ideológica contra el materialismo ateo que lo invade todo, para sentar las bases racionales de la cristianización del mundo, para la difusión, en fin, de una auténtica cultura y humanismo occidentales.

(39) LEÓN XIII, en J. BERTHIER, *S. Thomas Aquinas Doctor Communis Ecclesiae*, n. 251, 326, 332, cf. et Cartas Apostólicas a la Compañía de Jesús, a los PP. Franciscanos: *Acta Leonis XIII* 12 (1892) p. 375; 18 (1898) p. 185.

(40) Pío X, *Motu proprio Doctoris Angelici*: AAS 6 (1914) p. 338.

Pero ¡cuán difícil se hace hoy día ser un verdadero filósofo tomista, cuán duras son las exigencias que se le imponen! Ante todo debe penetrar a fondo y comprender el pensamiento de Sto. Tomás, sobre todo en la profunda estructura de su metafísica del ser con su universal amplitud analógica a la vez que con su realismo existencial de base empírica. Y sin caer en la exageración de Kalinowski y Swiezawski, quienes sostienen que son muy pocos en la historia los intérpretes auténticos de Sto. Tomás (nombrado sólo a Tomás de Sutton, Silvestre de Ferrara y Báñez, y en el presente a Gilson y Maritain), por lo menos puede decirse que se precisa un talento metafísico, gran equilibrio mental y asiduo estudio de sus obras, de sus fuentes y de sus intérpretes para obtener una comprensión fiel del sistema tomista en su eminente visión analógica del ser y en todas sus consecuencias y derivaciones. El verdadero filósofo tomista no sólo habrá de mantener un contacto asiduo, vivificante y fecundo con las obras del Aquinate, como afirma el Papa, lo que puede ser sustituido con la simple consulta de sus intérpretes y discípulos, sino que deberá ahondar la investigación en las fuentes de la tradición; deberá conocer los otros sistemas de filosofía, máxime de aquellos modernos que más influjo ejercen en el pensamiento actual; deberá tener gran espíritu crítico y de reflexión personal para rebatir las ideologías disolventes y descubrir las raíces del error; y finalmente un buen espíritu artístico y literario para revestir las doctrinas filosóficas de atractivos modos de expresión o aptos para su difusión en las mentes actuales; incluso para presentar una auténtica doctrina tomista con términos tomados del existencialismo, fenomenismo, escienticismo materialista, pero sin deformar su espíritu...

Para tan elevadas exigencias y arduas tareas no bastan las fuerzas aisladas de alguno que otro cultivador del tomismo. Por otra parte, el surgir de un nuevo Sto. Tomás del siglo XX, o del siglo venidero, que en la Era atómica lleve a cabo la misma obra de síntesis que aquél realizó en el s. XIII, no hay perspectiva alguna de que se realice. Es sin duda el sueño halagador de muchos, que incluso anuncian como tal diferentes figuras, muchas veces pseudoprofetos; pero la historia es irreversible. La misión de Tomás de Aquino, como la de S. Agustín y tantos otros, no se ha de volver a repetir, si bien aparezcan en el mundo numerosos y grandes filósofos, e insignes continuadores de la obra de aquellos.

Para suplir tal falta de una individualidad señera en tareas, que cada día se complican más, hace falta la colaboración de muchos en un asiduo trabajo en equipo. Y hacen falta sobre todo Centros superiores de filosofía para impartir una sólida formación tomista, en sus elevados principios y en modernos métodos científicos, al mayor número posible de futuros cultivadores, investigadores y difusores de la perenne filosofía.

Sintiendo las responsabilidades de esta gran urgencia, la Orden Dominicana ha erigido este Centro, como tantos similares precedentes y otros que habrán de seguir. Saben, sin embargo, que no se encuentran solos en esta tarea tan elevada y necesaria de la Iglesia. Y por eso se aprestan a entablar contactos para una futura colaboración con otros grupos y centros, ya beneméritos, eclesiásticos y seculares, que persiguen los mismos nobles y elevados ideales, en España y extranjero.

Séanos permitido deducir de todo lo dicho la *conclusión final*: El porvenir de la filosofía perenne y tomista está íntimamente ligado al porvenir de la auténtica teología católica y esclarecimiento del pensamiento cristiano, así como a la validez del Magisterio de la Iglesia.

FR. TEOFILO URDANOZ, O. P.